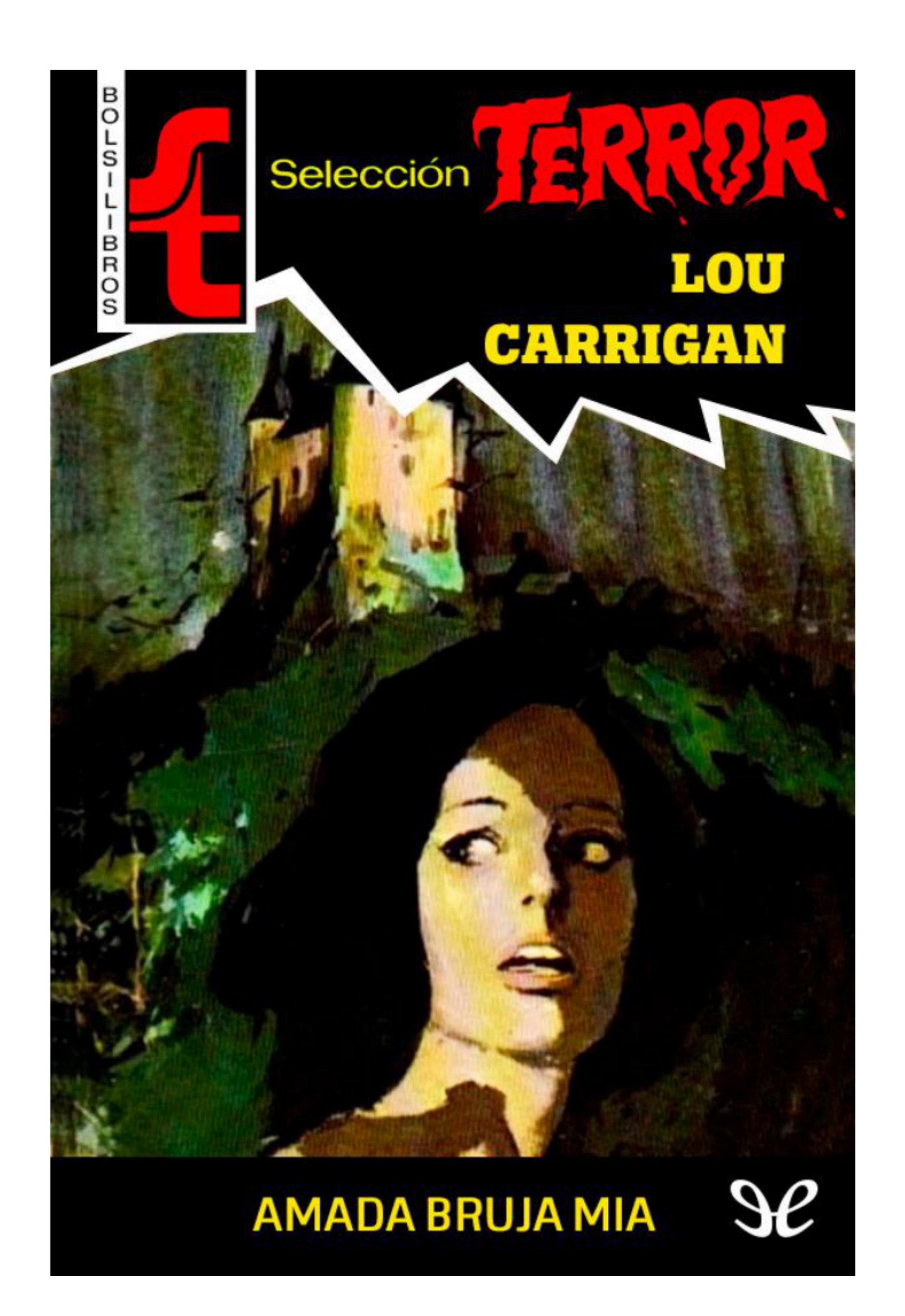

BOLSILIBROS
Selección TERROR
LOU CARRIGAN
AMADA BRUJA MIA

El hombre era norteamericano, se llamaba Nicholas Barshow, y estaba de vacaciones en el paraíso. O al menos eso le parecían a él aquellos parajes: el auténtico e indiscutible paraíso terrenal. Y quizá lo fuese, si bien en un atlas se podría saber que aquel lugar estaba en el Caribe y formaba el pequeño archipiélago llamado islas Granadinas, al sur de la Martinica, Santa Lucía y Vicente, y al norte de Granada, a la cual pertenecían como territorio soberano.



Lou Carrigan

Amada bruja mía

Bolsilibros: Selección Terror - 526

ePub r1.3
Titivillus 04.09.2019

Título original: *Amada bruja mía*
Lou Carrigan, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido



SELECCION
TERROR

UN CADÁVER EN EL PARAÍSO

El hombre era norteamericano, se llamaba Nicholas Barshow, y estaba de vacaciones en el paraíso.

O al menos eso le parecían a él aquellos parajes: el auténtico e indiscutible paraíso terrenal. Y quizá lo fuese, si bien en un atlas se podría saber que aquel lugar estaba en el Caribe y formaba el pequeño archipiélago llamado islas Granadinas, al sur de la Martinica, Santa Lucía y Vicente, y al norte de Granada, a la cual pertenecían como territorio soberano.

El mar era de un azul increíble, maravilloso, y de una transparencia sencillamente fascinante. En sus aguas se podían ver con toda claridad las bellas barreras madrepóricas, los coloridos fondos que parecían de oro a la luz del sol que penetraba como barras doradas en las aguas.

Nicholas Barshow era pescador, y sabía que por las grutas marinas recubiertas de gorgonas podía encontrar peces cofre, peces ballesta, peces gruñones, e incluso el apreciado mero. Pero dejar una ciudad norteamericana de ochocientos mil habitantes y encontrarse en menos de veinticuatro horas en un lugar como las islas Granadinas era algo absolutamente inédito para Barshow que incluso se olvidó de pescar, y se dedicó a contemplar, pasmado, fascinado, la hermosura que le rodeaba.

Había islotes muy pequeños, que seguramente ni siquiera tenían nombre, salvo el que le dieran los pescadores negros locales, los que todavía sabían encontrar langostas y venderlas a buen precio. La mayoría de esos islotes estaban deshabitados, pero, en uno de ellos, Barshow vio algo que le dejó atónito: un edificio de color arena, de dos plantas, y rodeado de vegetación que quizá algún día de tiempos pasados había sido un jardín cuidado con esmero.

Poco después, cuando detuvo su lancha ante el carcomido

embarcadero situado frente al edificio, vio en lo alto de la fachada de éste el deslucido cartel en el que todavía, pese a las lluvias tropicales, quedaban rastros de las letras pintadas componiendo la palabra hotel.

Bueno, había un hotel, cierto, pero Barshow comprendió en el acto que estaba abandonado. Increíble: un sitio como aquél, y no había nadie. Indudablemente, había habido gente en la isla, en el hotel, pero ahora no había nadie. ¿Cómo era posible abandonar un lugar tan hermoso?

Muy poco después, cuando ya hubo mirado por dentro el hotel lleno de polvo, telarañas y ratas (¿cómo era posible que hubiera ratas en aquella especie de paraíso?), Barshow regresó a su lancha, y se alejó, costeando el pequeño islote cuyo nombre, más adelante lo sabría, era Petit Mayereau. Y fue entonces, al doblar uno de los pequeños cabos rocosos, cuando Barshow comprendió que la isla no estaba deshabitada. Vio, por entre hermosos cocoteros y espesos arbustos floridos, un ser humano, que justo entonces volvía la espalda, y, caminando pesadamente, desaparecía por entre la vegetación.

Por un instante, Nicholas Barshow llegó a pensar que aquel ser ni siquiera era humano. Le había parecido gigantesco, melenudo y greñudo como un león, y de una envergadura de hombros como no había visto antes en su vida. Más adelante, el señor Barshow sabría que había visto al zombi de la bruja Águeda Malazaña, pero entonces sólo supo que le había parecido ver un ser humano… o algo que se le asemejaba.

Con todo, esto sirvió para que, al fijarse más atentamente en busca del zombi, Barshow viese la choza con tejado de chapa metálica que también más adelante sabía que los indígenas llamaban carbet. Gobernó la lancha hasta la playa enfrente mismo de la choza, saltó a tierra, y entonces vio, algo más lejos del pequeño poblado, el embarcadero pequeño pero en buenas condiciones.

Decidió ir al poblado, una simple aldea de unas pocas chozas, pero antes quiso echar un vistazo al carbet ante el cual había desembarcado. Así que caminó hacia allí, siempre intentando ver de nuevo al gigantesco ser que parecía vestido con sacos viejos y tener pies de plomo.

Fue entonces cuando, sentado ante la choza, vio el cadáver.

No encajaba allí en absoluto, era como una afrenta a la belleza del lugar.

No porque en un hermoso lugar no pueda permitirse la muerte, sino por las circunstancias que rodeaban la de aquel ser humano: junto a su mano derecha había una pistola, tenía volada media cabeza de un disparo, y un millón de moscas zumbaban a su alrededor. Además de todo esto, el cadáver olía a pescado podrido.

Era deprimente y repugnante.

Ya, pensó el señor Barshow, ni siquiera en el paraíso la belleza era completa.

CAPÍTULO PRIMERO

Como es lógico, el señor Barshow avisó a las autoridades granadinas, las cuales se hicieron cargo del asunto inmediatamente, porque no se podía dejar un muerto pudriéndose como unos cuantos pescados al sol, y porque el hombre era de raza blanca y norteamericano, y no querían líos. El señor Barshow explicó que en la isla no había visto más que al extraño ser de hombros colosales y al muerto, y fue cuando alguien le dijo que a quien debía haber visto era al zombi de la bruja Águeda. Luego, resultó que precisamente cuando el señor Barshow llegó a la isla, los habitantes de la aldea estaban pescando alejados de aquellas aguas, así que no pudo recurrir a nadie.

En fin, las cosas se fueron aclarando rápidamente, e incluso fue hallado el pasaporte del norteamericano que todos sabían que, vivía en la isla Petit Mayerau, más conocida como la isla de la bruja, porque allá vivía hacía bastantes años la bruja Águeda Malazaña, practicante del obeah, es decir, uno de los rituales de la magia negra parientes del todopoderoso Vudú.

¿Qué estaba haciendo en el islote el norteamericano hallado muerto, y cuyo nombre era Walter Wayne Masterson? Pues, según unos, no hacía nada más que pescar, pero, según uno de los habitantes del islote que se mostró indiscreto con gran disgusto de sus compañeros.

El señor Masterson había estado escribiendo un libro sobre magia, brujería y hechizos y sortilegios de gran perversión, asesorado por Águeda, de la cual, sin la menor duda, se había hecho muy, muy amigo. El libro, al parecer, se habría titulado El libro de los muertos, sólo que, por más que se buscó, no fue hallado en parte alguna.

El negro charlatán tenía la solución:

—Claro que no lo encontrarán: Águeda debió llevárselo.

Por supuesto, intervinieron rápidamente las autoridades norteamericanas más cercanas, y, no menos por supuesto, la prensa, pues una noticia así siempre era más exótica que hablar de las serpientes de mar que aparecen durante el verano.

Así pues, la noticia de lo sucedido apareció en algunos periódicos del Caribe y en algunos de los Estados Unidos, fue leída por unos cuantos miles de personas, y ya está. No parecía que el asunto diese para más…, a menos, claro está, que alguien se tomase en serio lo de la bruja Águeda Malazaña y su zombi, los cuales, según los pescadores negros del islote Petit Mayereau, vivían en unas grutas hacia el centro de tierra firme.

Pues bien, sí hubo alguien que se lo tomó en serio y, evidentemente, sintió mucho interés por el asunto, es decir, por lo que podía quedar de aquel asunto: «El libro de los muertos», escrito por Walter Wayne Masterson.

¿Qué había escrito Masterson en aquel libro? ¿Qué brujerías, sortilegios, recetas y escarmientos podía haberle confiado la impenetrable e ilocalizable Águeda Malazaña a un blanco? ¿Podía ser cierto que W. W. Masterson llevaba casi ocho años en el islote sólo para escribir «El libro de los muertos»?

Y última e inevitable pregunta: ¿por qué se había suicidado? ¿Tal vez se había… asustado de las cosas que había ido sabiendo del obeah? ¿Se había vuelto loco?

Pero sobre todo: ¿dónde estaba «El libro de los muertos»?

Para encontrar éste, unas cuantas personas comenzaron a llegar al islote Petit Mayereau, impulsadas por muy diferentes motivos… y ninguno de ellos bueno. Si en Petit Mayereau hubiera habido un termómetro que registrase la maldad humana su indicación habría sido la máxima en cuanto comenzaron a llegar al islote los diferentes personajes.

Los primeros en llegar fueron dos norteamericanos, ambos de poco más de treinta años, de facciones inexpresivas, mirada fría y ausente, y modales contenidos, como taimados, como si antes de hacer o decir algo tuvieran que valorarlo muy detenidamente, so pena de delatar algo que querían mantener en secreto sobre ellos. Dijeron llamarse Wesley Campbell y Peter Barley, ser escritores que trabajaban juntos hacía años escribiendo novelas de aventuras, y

que se había propuesto encontrar El libro de los muertos o bien conseguir una información semejante a la que podía haber conseguido W. W. Masterson.

Los dos hablaban mal francés y mal castellano, lo suficiente para entenderse con los pescadores negros del islote, quienes les explicaron que, en efecto, el hotel estaba deshabitado y abandonado, y que no, que ellos no podían proporcionar alojamiento a nadie en sus carbets pequeños e incómodos. De modo que los señores Campbell y Barley se instalaron como pudieron en una de las habitaciones del hotel, en las que todavía estaban las camas y los colchones…, y las ratas. Ratas que, ciertamente, se apresuraron a huir en cuanto el ser humano decidió aposentarse en el lugar. Y si no huir, sí se escondieron a la perfección… por el momento.

El mismo día en que llegaron Campbell y Barley, pero horas más tarde, llegaron María Inés Romero y Pedro Luis Martínez, también, como los dos escritores, en una lancha pequeña y veloz, apta para rápidos desplazamientos, pero no para vivir en ella, por lo que los dos recién llegados, como los anteriores, decidieron instalarse en el hotel.

Pedro Luis Martínez era de raza negra, tenía los dientes muy blancos, menos dos de ellos, que se veían podridos, y uno de sus ojos, empequeñecido y ciego, se hundía inexorablemente, como queriendo esconderse tras la nariz. María Inés, evidentemente mulata, era joven, sonriente y hermosa. Hacía pareja con el negro Pedro Luis igual que podrían hacerlo una tarántula y una mariposa.

Y por último, ya casi al anochecer, llegó el padre Wilson, un sacerdote que vestía de calle, corrientemente, pero que llevaba alzacuellos, lo que no dejaba de ser un mérito en aquel lugar y clima. El cura Irving Wilson, alto, rubiales, con facciones y expresión cándida y casi angelicales, rezumantes de bondad, llegó en un hidroavión que lo depositó junto al embarcadero, al cual saltó el padre Wilson con una seguridad y agilidad dignas del más consumado atleta. Llevaba una sola maleta, y, con ella en la mano y tras despedirse de los del hidroavión, recorrió el pequeño embarcadero hasta tierra firme, donde saludó a los pescadores negros que, fumando y bebiendo ron, le miraban con la misma irónica curiosidad con que habían mirado a los cuatro anteriores

visitantes, los cuales, por supuesto, también habían presenciado, desde sus habitaciones polvorientas y un tanto siniestras en su abandono, la llegada del cura.

Éste resultó ser el más sociable, ya que en cuanto se enteró por medio de los pescadores negros que ellos no podían alojarle, y que si quería un techo sobre su cabeza debía recurrir al hotel como habían hecho las personas propietarias de las dos pequeñas lanchas que había en el embarcadero, se apresuró a encaminarse hacia el hotel y anunciarse a gritos, para, en cuanto bajaron los demás, presentarse, sonriente y afable como pocas personas se podía conocer en la vida.

—Soy el padre Wilson, Irving Wilson —dijo tendiendo la mano a los hombres tras saludar con simpático gesto de cabeza a María Inés —, me parece que me he metido en un buen lío. ¿Es cierto que no hay nada más que este hotel en la isla?

—Eso parece —dijo Campbell—. Y pronto se dará cuenta de que está en unas condiciones repugnantes. Bueno, yo soy Wesley Campbell, y él es mi compañero Peter Barley. Nos dedicamos a escribir juntos hace años, y hemos venido a ver qué pasa con El libro de los muertos.

—Sí, claro —asintió el padre Wilson; sonrió y se tocó el alzacuello—. Bueno, ustedes ya ven a qué me dedico yo, ¿no es cierto?

—Se ve muy bien —sonrió Barley—. ¡No me diga que ha venido a hacer de exorcista con la bruja Águeda!

—No debería hacer mofa de estas cosas, hijo mío —rogó el cura.

—No he pretendido molestarle, de veras. Bueno, es posible que ustedes y nosotros lleguemos a entendernos bien, precisamente contrastando puntos de vista sobre brujerías.

—Eso podría ser interesante —asintió Irving Wilson, mirando inquisitivamente al negro más que bizco.

—Soy Pedro Luis Martínez —se presentó éste, de mala gana—, y ella es María Inés Rosales, mi prometida. Somos venezolanos, y estábamos cerca de aquí cuando apareció la noticia; Nos llamó la atención, y aquí estamos.

—¿Quieren decir que han venido aquí como turistas, a hacer turismo? —preguntó incrédulo Campbell.

—Turistas curiosos, en efecto, señor Campbell. Eso es todo.

—Ya. Bueno, espero que se diviertan todo lo que han pensado que se puede uno divertir con una bruja y un zombi.

—Vamos, vamos, señor Campbell, por favor —pidió Wilson—, ¡no diga tonterías! ¡Los zombis no existen!

—¿No cree usted en la resurrección de la carne? —le miró irónicamente Campbell.

—No de ese modo. Cierto que todos resucitaremos tras la muerte, pero no aquí, en este mismo plano físico, así que eso de un muerto resucitado que anda por aquí es una simple superstición.

—Los pescadores del islote aseguran haber visto, todos ellos, al zombi.

—Lo sorprendente —frunció el ceño el cura—, es que esos negros se hayan quedado en la isla, estando aquí la bruja.

—Ella no les hace mal alguno a ellos, pues son sus servidores, dentro de ciertas… normas y disposiciones del obeah. Entiéndalo, padre: Águeda es la sacerdotisa de esta gente, como usted lo es de sus feligreses allá en Estados Unidos.

—¡No diga barbaridades! —exclamó Wilson—. ¡Haga el favor de ser razonable, señor Campbell!

—Creo serlo —se sorprendió el escritor—. Es usted quien deberá amoldar su mente a ciertas cosas si quiere permanecer aquí. Y cambiando de tema: supongo que no ha traído usted nada para comer.

—No, claro que no. Esperaba… No sé, creía que aquí habría todo lo necesario.

—Siempre podremos comprar comida a los negros —dijo Barley —. De eso sí tienen, aunque no muy buena.

—Tienen buen pescado —encogió los hombros Campbell—, y latas de conservas, y fruta. No nos moriremos de hambre. En todo caso, de asco, dentro del hotel. Es claro que no hay luz eléctrica general… ¿Sabría usted poner en marcha un generador herrumbroso, padre?

—Ni idea.

—Pues vamos listos. ¿Señor Martínez?

El negro más que bizco movió la cabeza negativamente la cabeza. La mirada de su ojo sano estaba fija en Barley, que contemplaba a la bella María Inés con expresión harto significativa. Tal vez la mulata María Inés no debió llevar aquella blusa tan ligera

y escotada, que permitía ver no sólo la forma de su magnífico busto, sino parte de él, tersa, reluciente la carne dorada.

—Nos iremos arreglando con quinqués hasta que venga alguien que entienda de generadores —se resignó Campbell.

—Ah, ¿usted cree que vendrán más personas?

—Naturalmente.

El escritor Wesley Campbell tuvo razón: al día siguiente llegaron tres personas más, por separado, y por tres medios diferentes: hidroavión, lancha y yate.

El hidroavión llegó muy temprano, un japonés menudo, delgado, con lentes y dientes ratoniles, cargado con dos maletas, una de las cuales resultó estar llena de cámaras fotográficas y material para ellas. El japonés hablaba muy bien el inglés y unas cuantas palabras de español, de modo que la comunicación con el grupo «veterano» no presentó problemas. Dijo llamarse Kazuo Yamagata, y ser periodista gráfico. Su objetivo: fotografiar la isla, los lugares donde había vivido el tal W. W. Masterson, y, por supuesto, a la bruja Águeda y a su zombi.

—Me parece —dijo con cierto sarcasmo Pedro Luis Martínez cuando se enteró de esto—, que no lo va a tener usted nada fácil.

En lancha llegó otro americano made in U. S. A.: Uriah Stoner, cuarenta años, alto, macizo, charlatán hasta el exceso, rubio hasta la exageración, y una profesión que justificaba sobradamente su presencia allí: periodista.

En el yate llegó una preciosidad pelirroja de unos veinticinco años, llamada Susan Grover, también cargada con muchos bártulos que el muy comunicativo Stone le ayudó a trasladar al hotel. La señorita Grover, preciosa y con un cuerpo absolutamente espléndido, era pintora, y se había propuesto ni más ni menos que conseguir pintar a Águeda Malazaña, ambicioso proyecto que ni siquiera mereció un comentario por parte de Pedro Luis Martínez, quien, eso sí, tal vez pensó que cada cual podía perder el tiempo como le viniese en gana.

El hidroavión y el yate se fueron, pero la lancha de Stone, un poco mayor que las otras dos, se quedó, naturalmente. En esta lancha sí podía quedarse una persona a pasar la noche, y hasta, en caso necesario, dos. Pero Stone no quiso dejar a la simpática y bella señorita Grover sola en el hotel de las ratas y las telarañas, y le

pareció que era demasiado pronto para pedirle que pasara la noche con él en la lancha. Todo se andaría.

Así que, cuando llegó la noche de aquel día, había ocho forasteros en el islote Petit Mayereau. Ocho personas que, a simple vista, parecían de lo más normal, corriente y tratable.

Nada más falso.

Sin embargo, nadie habría podido pensar nada malo de aquellas ocho personas que, aquella noche, sentados ante el ruinoso hotel, conversaban sobre lo que cada uno esperaba conseguir de la bruja Águeda, del asunto de la isla, diciendo cada cual su propia mentira.

Mientras tanto, desde la cercana espesura, por entre la exuberante vegetación, una gigantesca cabeza leonina poseedora de dos extraordinarios ojos oscuros que parecían de carbones viejos apagados hacía siglos, se movía, oscilaba, aparecía y desaparecía. Dos pozos de tinieblas estremecedoras, los oscuros ojos aparecían y desaparecían tras la observación de los forasteros.

Sólo muy tarde, cuando los pescadores de Petit Mayereau y los forasteros dormían, la gigantesca figura se alejó del lugar, caminando como si sus enormes pies fuesen de plomo, pero sin hacer el menor ruido. Sus gruesos brazos que sobresalían demasiado de la vieja chaqueta de desconocida procedencia apartaban los matorrales con gestos, sólidos, seguros, poderosos. No se le oía respiración alguna, no hacía ruido, era como una sombra. Una sombra de dos metros de altura, ancha, enorme. En las facciones que parecían de viejo barro cocido no había expresión alguna, ni el más leve signo de vida. Los ojos, simples carbones apagados hacía tiempo y tiempo, parecían todo pupila, densa oscura; no destacaba blancura de córnea, todo era ojo, toda pupila. El más templado de los hombres se habría llevado un susto formidable si se hubiera topado en la oscuridad con aquella mole silenciosa e impertérrita.

Pero, dentro de la gruta donde vivía, Águeda Malazaña, cuyo oído era finísimo, captó las poderosas pisadas acercándose, y sonrió cuando, retumbando como un trueno húmedo y blando, de roca en roca, llegó a la profunda llamada brotada de las entrañas del gigantesco ser:

—Águeda… Águeda, ya… voy…

CAPÍTULO II

Aunque en la isla había ya personajes más que suficientes para que los pescadores negros que la habitaban se entretuvieran observando sus movimientos, todavía llegaron a Petit Mayereau dos personas más al día siguiente.

Lo Hicieron, en lancha. Y ésta sí, ésta era una lancha bastante grande y, con una cabina vivienda que permitía a no menos de cuatro personas instalarse incluso confortablemente.

Los anteriores visitantes la vieron llegar, por la «mañana temprano» cada cual, desde su posición de observación dentro del carcomido y ruinoso hotel abandonado al cual había llevado sus cosas a falta de sitio mejor. Al parecer, las ratas habían considerado que no valía la pena disputarse el lugar a las personas, y habían desaparecido… por el momento.

De todas las personas que ya había en la isla, sólo una acudió al, embarcadero de la aldea para saludar a los recién llegados, y, naturalmente, ésa una fue el padre Wilson, que llegó sonriente y todavía sonrió más al ver a los ocupantes de la lancha, que apoyados en la borda conversaban con los pescadores en una mezcla de francés, castellano e inglés que tenía, cuando menos, la disculpa de ser graciosa.

—¡Eh! ¡Hola! —saludó Irving Wilson—. ¿Qué les trae por aquí?

Los dos ocupantes de la lancha lo miraron afablemente. Eran un hombre y una mujer, que encantaron al cura. Ella era una preciosa morena de ojos oscuros, de cuerpo magnifico, largas piernas esbeltas y un busto precioso, resaltado por el juvenil jersey a rayas horizontales; sonreía que daba gusto verla. Él era un atleta de cabellos ensortijados y ojos también oscuros, simpáticos, inteligentes, vivos. También vestía en plan marinero, como ella, y su visible musculatura resultaba apabullante.

—¿Qué tal? —saludó el hombre—. ¿Cómo están las cosas? ¡Venimos a ver a la bruja!

—Ya, ya —rió Wilson—. ¡Eso es lo que queremos todos, pero no es nada fácil, se lo aseguro!

—Suba a bordo —invitó la muchacha encantadora—… ¿Le apetece un café?

—¡Ya lo creo!

Irving Wilson abordó la magnífica lancha, y pareció que sólo entonces repararon los recién llegados en su alzacuello.

—Caray, ¡un cura! —exclamó el hombre—. ¡Esto sí es una sorpresa!

—¿Por qué? —rió Wilson—. Quizá sea yo la persona más indicada para haber venido aquí, hijo mío.

—No se moleste, padre —rió el otro—, pero dudo mucho que pudiera usted ser mi padre. Y no me refiero a sus posibilidades fisiológicas, naturalmente, sirio a nuestras respectivas edades.

La muchacha soltó una carcajada, y preguntó:

—¿Es que ha venido mucha gente a la isla?

—Con ustedes somos diez forasteros. Y seguramente seguirá llegando gente. ¡Qué le vamos a hacer! Bueno —tendió la mano—, soy Irving Wilson.

—Yo soy James Ford —se presentó el atleta—, y ella es Thelma Sullivan.

—Ah… —alzó las cejas el cura—. Creí que estaban ustedes casados.

—Nos casaremos cualquier día de éstos —asintió James Ford—. ¿Verdad que sí, amor mío?

—¡Desde luego que no! —rió Thelma Sullivan—. ¡Ya tengo suficiente con soportarte como compañero de trabajo!

—En realidad está loca por mí —guiñó James un ojo a Wilson—, pero ya sabe que las mujeres les gusta esta clase de tonterías… Oye, cariño, ¿qué te parece si antes tomas unas cuantas fotografías de esta gente que nos mira tan divertidos?

—Tienes razón —asintió Thelma.

Entró rápidamente en la vivienda de la lancha, mientras James explicaba:

—No sé si será fácil o no ver a esa bruja, pero sí le aseguro que Thelma y yo vamos a llevar a Estados Unidos un reportaje

periodístico y fotográfico lo más interesante posible.

—¿Son ustedes periodistas?

—Así es. Yo escribo, y Thelma toma las fotos. Hace tiempo que nos conocemos, y nos compenetramos muy bien. Generalmente trabajamos solos, pero cuando aparece algo que puede ser un buen reportaje formamos pareja.

—¡Aquí estoy de huevo! —reapareció Thelma Sullivan, con una magnífica cámara fotográfica.

Comenzó a tomar fotografías de los negros que había en el embarcadero, los cuales comenzaron a reír y hacer gestos de lo más divertido, que provocaron a su vez la hilaridad de los tres blancos.

—Ya tenemos otro periodista en la isla —dijo Wilson—, y también un fotógrafo. Es japonés.

—¿El periodista o el fotógrafo? —preguntó James Ford.

—El fotógrafo. Se llama Kazuo Yamagata. El periodista es norteamericano, como nosotros. Se llama Uriah Stone. Y también tenemos dos escritores, Wesley Campbell y Peter Barley, que han venido a escribir un libro sobre este asunto…

La bella Thelma Sullivan dejó de tomar fotografías, y se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué asunto? —preguntó.

—Oh, ya saben ustedes, todo eso del libro que W. W. Masterson escribió durante sus años de permanencia en este islote, El libro de los muertos… ¡No me digan que no han oído o leído nada sobre la existencia de ese libro!

—Claro que sí —asintió Thelma—, pero no sabemos de qué trata exactamente. ¿Usted sí?

—Sé tanto como ustedes, pero, evidentemente, por lo oído, se trata de un libro de brujería: hechizo, maldiciones, sortilegios… ¡Todo ese montón de herejías y paparruchadas!

James y Thelma, que miraban fijamente a Irving Wilson, parecían ahora un poco desconcertados, quizá como incrédulos.

—Pues si todo lo que hay en el libro son paparruchadas no entendemos qué hace tanta gente en la isla interesándose por él, francamente —dijo James—. Pero bueno, será mejor que pasemos a tomar café, y mientras tanto nos dice usted cómo están las cosas por aquí. ¿Por qué no han venido los demás?

—Ya se irán conociendo —encogió los hombros Wilson—. Lo

cierto es que no son personas demasiado sociables. El más sociable es precisamente nuestro compatriota, el periodista Stoner. Y la señorita Grover también es simpática y encantadora.

—Encantadora… ¿en qué sentido? —preguntó Thelma.

—En todos. Quiero decir que es amable y muy bonita… ¡Casi tanto como usted!

—Ya, ya —rió Thelma—. ¡Es usted todo un diplomático!

Minutos más tarde, los tres tomaban café en la diminuta salita de la lancha. El cura aprovechó para hablarles de los demás forasteros, de los cuales ya había mencionado a algunos. Así, Thelma y James se enteraron de que en los dos días anteriores habían llegado a Petit Mayereau los escritores Campbell y Barley, el fotógrafo japonés Kazuo Yamagata, la pintora Susan Grover, una pelirroja preciosa, el periodista Uriah Stoner, que parecía haberse prendado de la pintora, y los venezolanos María Inés Romero, una joven guapísima, y su novio, el negro Pedro Miguel Martínez, que era bizco casi tuerto, pues un ojo parecía querer esconderse siempre tras su nariz…

—Y yo, claro está —dijo Wilson mientras James reía.

—Ya los iremos conociendo a todos —dijo Thelma—. Incluso les tomaré algunas fotos, si no tienen inconveniente.

—Y si lo tienen, también —aseguró James Ford—… ¡No hay nadie en el mundo capaz de impedir que Thelma tome las fotografías que se haya propuesto!

—No seas exagerado —protestó Thelma.

—¿Exagerado? Bueno, eso ya se verá.

—En cualquier caso —insistió el cura— no creo que le resulte precisamente fácil fotografiar a la bruja. Es evidente que ella sabe que estamos en la isla, y que prefiere permanecer escondida en su gruta.

—Bueno, iremos a la gruta a buscarla —dijo Thelma.

Irving Wilson se quedó mirándola como absorto.

—No sé si eso sería prudente, señorita Sullivan.

—¿Por qué no? Si unos queremos fotografías y otros quieren el libro lo lógico es que vayamos a por ello. Aunque a mí, lo que me sorprende, es que W. W. Masterson se pasara aquí recluido ocho años sólo para escribir un libro de magia negra.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, tal vez sea cierto que él y la bruja Águeda se hicieron muy amigos, pero para escribir un libro de esa clase creo que W. W. Masterson le habría ido mejor viajando y documentándose por todo el Caribe que permaneciendo aquí todo el tiempo. A menos, claro está, que Águeda Malazaña sepa de magia y brujería más que todos los adeptos del vudú en el Caribe. ¿Le parece eso razonable?

—Pues… no —rechazó Wilson—, claro que no. Pero no entiendo de qué ha podido estar escribiendo Masterson si no es de brujería.

—Se lo preguntaremos a Águeda —dijo decididamente Thelma.

—Y al zombi —gruñó James—. ¿Tampoco han visto al zombi?

—No. Y eso a pesar de que los pescadores me aseguran que suele venir a menudo por esta parte de la isla…, para vigilarnos. Tal vez lo esté haciendo ahora desde la espesura. Oh, ahora que recuerdo, señor Ford: ¿tiene usted idea de cómo reparar un generador?

—Puedo hacerlo en un periquete —asintió James.

—¿De veras? ¡Se lo agradeceríamos mucho! Estamos en el hotel con linternas y quinqués, y francamente, no resulta muy agradable. De todos modos, le advierto que el generador está herrumbroso y muy abandonado.

—Haremos lo que podamos. Déjenos poner un poco de orden aquí y nos reuniremos con usted en ese hotel. Así conoceremos a los demás, y veremos si se puede arreglar el generador. ¿De acuerdo?

—Estupendo —asintió muy complacido el cura.

Abandonó la lancha pocos minutos después, dejando en ésta solos a Thelma y James. Ella estuvo mirando por el ventanal de la salita alejarse a Irving Wilson, y murmuró.

—Me pregunto si realmente todos creen que ese libro es de brujería o están buscando alguna cosa.

—Ya lo iremos sabiendo. Es chocante que haya venido un japonés, ¿no te parece?

—No sé —encogió los hombros Thelma—. De lo que sí estoy segura es de que tendremos que ir con mucho cuidado.

Casi una hora más tarde, Thelma y James abandonaron la lancha, y se encaminaron hacia el hotel, saludando a los pescadores, que parecían preferir la diversión de contemplar a sus visitantes que ocuparse de sus labores de pesca.

El cielo mostraba un azul radiante, todavía superados por las aguas marinas, que refulgían al sol como un enorme diamante. La

vegetación del islote, verde, densa, parecía ir formando un penacho cada vez más apretado hacia el interior de la islita, que se elevaba suavemente. El espectáculo del mar, el sol, el cielo y la vegetación formaba un cuadro como irreal a fuerza de perfecto y colorido, parecía más una acuarela que un paisaje natural. Todo distaba mucho del escenario que podría esperarse para las actividades de una bruja.

—Aunque en realidad —murmuró Thelma, siguiendo el hilo de sus pensamientos—, no parece qué Águeda Malazaña tuviera aquí ninguna actividad, salvo la de ayudar a W. W. Masterson a escribir un libro de brujería.

Llegaron enseguida al hotel, frente al cual les estaba esperando Irving Wilson en compañía de Uriah Stoner, el alto, locuaz, rubísimo periodista norteamericano, que los acogió afablemente; igual que la pintora Susan Grover, la bellísima pelirroja que tenía encandilado a Stoner. Ninguno de los dos dijo nada cuando Thelma Sullivan los fotografió con la Polaroid, reservándose la otra cámara para otro tipo de fotografías.

Kazuo Yamagata, que apareció portando tres cámaras fotográficas en bandolera, era un hombre muy cortés y ceremonioso, gracioso con su carita de ratón y sus salientes dientes. Estuvo conversando unos minutos con Thelma sobre cámaras y fotografías, y luego dijo que iba a ver si tenía suerte por el centro del islote y tomaba alguna foto que valiera la pena. Uriah Stoner le propuso a Susan Grover de adentrarse en la isla en busca de su propia oportunidad, lo que pareció aumentar el desconcierto de Thelma Sullivan, que dijo:

—No les entiendo a ustedes. Si lo que desean es conversar con la bruja, y fotografiarla, y hacerle un retrato pictórico…, ¿por qué no entran en la gruta a decírselo? ¿No les parece qué le están dando a esto demasiado… misterio, demasiado… folklore?

—¿Eso es lo que piensa usted? —la miró con ceñuda sonrisa Stoner.

—Por supuesto.

—En ese caso, naturalmente, ése será el procedimiento que empleará usted para acercarse a Águeda Malazaña.

—¡Naturalmente!

—Ya —sonrió Uriah Stoner—. Mire, los negros del islote nos lo

han advertido muy seriamente: mientras no la molestemos, Águeda permanecerá en su gruta; pero si nosotros vamos a incordiarla las consecuencias son imprevisibles. En cualquier caso —se apresuró a añadir Stoner—, si usted se decide a entrar en esa gruta, yo me ofrezco para acompañarla.

—Y yo también —dijo Susan Grover.

—Demasiada gente para una primera vez, ¿no le parece? —sonrió de pronto Thelma Sullivan—. Además, si tan decididos son no entiendo por qué no han entrado todavía.

—En lo que a mí se refiere, no me gustaría cometer ninguna tontería —dijo Stoner—, así que me lo tomó con calma y reflexionando sobre las posibilidades.

—Lo mismo digo —apoyó Susan.

—A mí, lo que me gustaría, ciertamente, es conversar con Águeda —murmuró Irving Wilson—, así que es muy posible que en cualquier momento me decida a entrar en esa gruta. Que por cierto, no es una simple gruta, sino todo un dédalo de pasadizos. Ah, ahí llegan los escritores.

Wesley Campbell y Peter Barley saludaron amistosamente a Thelma y James, observándolos atentamente con su mirada penetrante. Altos, jóvenes y fuertes, fueron a su vez observados con atención por James y Thelma.

—¿No han visto a los venezolanos? —preguntó Wilson—. Son los únicos que faltan por presentar.

—Deben estar entre la maleza —dijo Barley—. Y casi me atrevería a decirle lo que ese negro le está haciendo a su bella novia mulatita, padre.

—Ese comentario era innecesario, señor Barley —dijo con acritud Susan Grover.

—Tal vez, tal vez —rió el escritor—. Verdaderamente, hay cosas que resultan tan obvias que huelga todo comentario.

—El señor Ford —cortó el asunto Wilson—, va a intentar reparar el generador.

—¿De veras? —exclamó Campbell—. ¡He aquí un hombre de buena fe! Se lo agradeceremos mucho si lo, consigue, señor Ford. Lástima que las demás cosas de esta pocilga no puedan arreglarse. Supongo que ustedes se quedarán a dormir en esa hermosa lancha que hemos visto en el embarcadero.

—Seguramente lo haremos así —asintió Thelma—. Jim, mientras tú reparas el generador yo voy a dar una pequeña vuelta por aquí, a ver si encuentro algo.

—Si ves al zombi dile que quiero conocerlo.

—Se lo diré —rió Thelma—, aunque no sé si entenderá el inglés.

—Pues háblale en otro idioma.

—Me pregunto —se detuvo Thelma reflexionando—, si los zombis hablan. ¿Qué dice usted al respecto, padre?

—Hijita —sonrió Irving Wilson—, los zombis, sencillamente, no existen, y eso es lo que he venido a probar, entre otras cosas.

—¡Cómo que no existen! —protestó James Ford—. ¡Menuda decepción me llevaría si no viese al zombi!

—Si lo encuentro —volvió a reír Thelma—, intentaré traerlo para presentártelo. Hasta luego.

—Faltan un par de horas para el almuerzo, Thelma —dijo James, mirando su reloj de pulsera—. No te alejes demasiado…, por si acaso.

Ella se limitó a sonreír, y se encaminó hacia la vegetación.

Ciertamente, el islote no era muy grande, pero sí lo suficiente para que una hora más tarde Thelma. Sullivan estuviera fatigada de caminar por entre vegetación y por el accidentado terreno del interior: Todos sabían que había grutas en el centro del islote, y si había grutas debía haber por lo menos una entrada, pero la hermosa muchacha no conseguía encontrarla. De cuando en cuando apartaba matorrales, esperando ver el negro hueco, pero todavía no lo había conseguido.

Lo que sí consiguió fue ver al zombi.

Apareció de pronto ante ella, quieto, inmóvil como si realmente estuviese hecho con carne muerta, al apartar Thelma uno de tantos matorrales, tras el cual precisamente estaba escondido el zombi. Lo vio tan de repente, tan enorme, tan negra y quieta su muerta mirada de grandes ojos abismales, que durante un par de segundos el susto prevaleció sobre cualquiera otra reacción. Un susto paralizante, un agarrotamiento total, que dejó a Thelma con la boca entreabierta, las pupilas dilatadas, las manos crispadas en los matorrales.

Reaccionó de pronto, emitió un grito entrecortado que era apenas un gorgorito, y retrocedió un paso, soltando los matorrales,

que ocultaron al zombi. Pero enseguida, las enormes manos de éste apartaron los matorrales, y el suelo pareció temblar bajo el peso de su pisada en dirección a Thelma. Los matorrales fueron apartados, y apareció el rostro que parecía de barro muerto, y pareció que en los cadavéricos ojos estallase un fulgor de fuegos negros y helados.

Un ramalazo de frío recorrió violentamente el cuerpo de Thelma Sullivan, que volvió a gritar, ahora con más fuerza, dio la vuelta, y echó a correr como pudo, tropezando en todos los matorrales y salientes del terreno…, hasta que, inesperadamente, se encontró en los brazos del hombre.

Thelma gritó de nuevo, alzó la mirada, y, al ver el rostro del negro venezolano Pedro Luis Martínez, no pudo contener otro grito de espanto, que se le atragantó. El ojo bizco de Martínez desaparecía completamente detrás de la nariz, mientras el otro parecía arder.

—¿Qué le ocurre? —gruñó, sujetándola por la muñeca—. ¿Por qué está asustada?

—El…, el zombi —jadeó Thelma—. ¡Me está persiguiendo!

El solitario ojo del venezolano se entornó. Soltó a Thelma y sacó una pistola, mientras por detrás de él aparecía María Inés Romero, la bella mulatita de hermosos senos que su blusa permitía ver en buena parte.

—Quédense aquí —dijo Martínez—, yo voy a encargarme de ése…

No dijo más, porque en aquel momento apareció ante él y por detrás de Thelma la mole del zombi. Martínez no se lo pensó ni un instante: alzó la pistola y disparó al pecho del zombi. Éste, simplemente, se detuvo, sin que en su rostro apareciera alteración alguna, ningún gesto, nada. Martínez se disponía a disparar de nuevo, pero Thelma se lo impidió, reaccionando por fin, sujetándole la muñeca.

—¡No! —gritó—. ¡No le dispare! Creo…, creo que no desea hacerme ningún daño…

Martínez frunció el ceño. Junto a él, la mulatita contemplaba con gesto de incredulidad y espanto al zombi, que permanecía erguido, sosteniendo los matorrales con sus grandes manos… No parecía que el balazo en el pecho te hubiera afectado en absoluto. De pronto, soltó los matorrales, dio la vuelta, y todo dejó de parecer

una pesadilla. Bajo los pies de Thelma, Pedro Luis y María Inés, hubo un rumor de estremecimiento sísmico mientras el zombi se alejaba.

* * *

Águeda estaba peinando su larguísima cabellera de color gris ceniza ante un espejo iluminado con antorchas cuando oyó la llegada del zombi. Sonrió, y continuó cepillando su cabellera que parecía tener mil años y estar hecha de noches de luna vieja. La cabellera se extendía por su espalda y casi llegaba al suelo tras sus talones, formando ondas que reflejaban los rojos tonos de la antorcha.

A1 ver su propia sonrisa en el espejo, Águeda aún sonrió más.

Fue como si el horror hiciera explosión en el espejo al recibir aquella imagen de grandes ojos negrísismos que resaltaban en un rostro arrugado como la piel de mil tortugas, y en cuya boca, lo siniestro de la ausencia de dientes sólo era superado por lo horripilante de los escasos dientes que quedaban negros y agujereados. La nariz, enorme, sólida, curvada como el pico de un águila, parecía un cierre hostil sobre la boca en la que los labios sólo era una raya tras la cual podía verse los podridos dientes cuando Águeda Malazaña sonreía. Una túnica negra; completamente suelta, cubría su cuerpo desde la garganta hasta los pies, que no se veían.

Observando todo esto, Águeda terminó por soltar una carcajada, que pareció ser devorada por el silencio y la oscuridad de las grutas. Luego, continuó peinando la sorprendente cabellera, mientras los pesados pasos del zombi se iban aproximando a ella por la espalda, hasta que en el espejo de negras profundidades se reflejó la imagen del zombi, que tras contemplar la de la bruja, dijo:

-Águeda, qué hermosa estás…

CAPÍTULO III

—Bueno —terminó por mover la cabeza el padre Wilson—, francamente, me siento obligado a creerlo, ya que ustedes tres lo aseguran con tanta firmeza, pero…

—Escuche —gruñó Martínez—, ¿por qué demonios tendríamos que inventarnos nosotros semejante cosa? Le estoy diciendo que vimos al zombi, y que yo le disparé y no le hice absolutamente nada. Dio la vuelta y se fue, como si no acabara de recibir un balazo en el pecho.

—Quizá erró usted el disparo —sugirió Uriah Stoner.

—¿Sí? ¿A menos de cinco metros? Oiga, yo no soy Buffalo Bill de su Far West de opereta, pero le aseguro que no he fallado un disparo como ése en toda mi vida. Ese muerto viviente estaba allí, le metí una bala en el centro del pecho, y él dio la vuelta y se marchó. ¡Maldita sea, eso es lo que pasó!

—Bueno, cálmese —dijo Campbell.

—Estoy calmado —gruñó Martínez—, pero no me gusta que me digan que veo visiones. Aunque ustedes puedan creer lo contrario, tengo una vista excelente. Y además, María Inés lo vio también. Y no digamos la señorita Sullivan, a la que estaba persiguiendo.

—Me parece que nos creen, señor Martínez —dijo Thelma—. Lo que ocurre es que resulta un poco difícil hacerlo, hágase cargo. Sobre todo, lo del balazo que no le hizo nada.

—Usted estaba allí, ¿no es cierto? ¡Al demonio con todos!

—Vaya, seamos razonables —apaciguó el padre Wilson—. Está bien, existe ese… ser, de momento vamos a aceptar las cosas como ustedes las han explicado. Pero no olvidemos que estamos metidos en un asunto de brujería, y que…

—Aclaremos una cosa —deslizó Campbell—: ¿usted cree o no cree en la brujería, padre?

—Lo que quería decir —murmuró Irving Wilson—, es que debemos tomarnos las cosas con calma y serenidad…, y con juicio. Lo evidente es que existe ese zombi, por llamarlo de algún modo, y no menos evidente parece, entonces, que existe la bruja. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—No veo qué importancia tiene que estemos todos de acuerdo o no —dijo Kazuo Yamagata—. Aquí cada cual ha venido a conseguir su propio objetivo, de modo que no entiendo muy bien esta reunión que ha convocado usted.

—Bueno, señor Yamagata, si estamos unidos…

—¿Unidos? ¿Para qué? Miren, yo quiero fotografías, igual que la señorita Sullivan. Otros quieren reportajes periodísticos, libros, satisfacer curiosidades de turista… Usted, seguramente, está pensando en exorcismos y todo eso. Cada cual tenemos nuestros proyectos e intereses, así que no veo que sea necesaria una unión.

—Bueno, dadas las circunstancias en que estamos en esta isla…

—¿Qué circunstancias? —encogió los hombros Uriah Stoner—. Yo creo que el señor Yamagata tiene razón: cada cual busca su propio beneficio, y no lo va a compartir con nadie.

—Está bien —dijo un tanto secamente Irving Wilson—. Si ustedes no me necesitan para nada, yo no tengo inconveniente en trabajar solo. A fin de cuentas, soy el que mejor protegido está contra esa clase de cosas. Solamente quería proporcionarles a ustedes los beneficios de Dios.

Peter Barley soltó un bufido, y Susan Grover miró irónicamente al cura, que acabó por mascullar algo inesperado en él, y que hizo soltar finalmente la carcajada a la pelirroja.

—Me parece —dijo Thelma—, que cada cual quiere hacer las cosas a su manera, y reservarse sus posibles éxitos.

—Evidentemente —dijo Campbell.

—Pues si yo hubiera sabido esto —dijo James Ford, mostrando sus manos todavía manchadas de grasa y tizne—, ¡la buena hora me habría ensuciado las manos para repararles su maldito generador!

—Yo creo —dijo Stoner—, que el hecho de que cada cual desee hacer las cosas por su cuenta y en su exclusivo beneficio no debe significar que nos convirtamos en enemigos, Ford. No hay que exagerar. Si usted necesitase algo de Susan o de mí en determinado momento sólo tiene que pedírnoslo.

—Ya, ya. Muy amable. Pero dígame, Stoner: ¿con qué derecho está usted hablando por la señorita Grover?

—Con ninguno —dijo Susan Grover, visiblemente irritada—. Es una atribución que se ha tomado el señor Stoner sin base alguna.

—Pero Susan… —empezó Stoner.

—Escuche, una cosa es que acepte sus atenciones a pesar de que sé muy bien cuáles son sus intenciones, y otra cosa es que le permita hablar por mí, como si fuésemos esposos o amantes. ¿Qué se ha creído usted?

—Esto se está complicando —rió Peter Barley—. Me atrevo a sugerirles que lo dejemos correr o todavía terminaremos a bofetadas.

—No será conmigo —saltó Thelma—. ¡Ahí se quedan todos ustedes con sus proyectos! Vámonos, Jim.

—Claro que sí —gruñó Ford, haciendo un corte de mangas a los presentes.

Alcanzó a Thelma, la tomó de un brazo, y, convencido de que los demás ya no podían oírles, preguntó:

—¿Tú crees que son sinceros o que están fingiendo?

—No puedo saberlo. Parece que son sinceros, pero podrían estar fingiendo. Al menos, parte de ellos. No creo que abandonen la búsqueda del libro tan fácilmente, de modo que han tenido que enviar a alguien…, y ese alguien forma parte del grupo. Puede ser uno solo, dos o tres…, o todos, y ser nosotros los únicos del otro bando.

—Martínez está armado…, y no me sorprendería que lo estuviesen los demás. Creo que deberíamos intentar terminar cuanto antes con esto, o se nos pueden complicar las cosas. Incluso puede seguir llegando gente.

—Con lo que todo se complicaría cada vez más. Tenemos que conseguir cuanto antes el libro de Masterson y marcharnos de aquí.

—Eso sería lo mejor.

—Lo voy a intentar esta misma tarde. Vamos a la lancha, simularemos que vamos a dar la vuelta buscando otro punto de la costa, y desembarcaremos al otro lado de la isla. Desde allí, los dos buscaremos la entrada a la gruta, y si la encontramos no dude que llegaremos hasta la bruja… ¡Y ya veremos si se atreve a negarme el libro!

—¿Y si no lo tiene?

—Si no lo tiene ella tal vez signifique que no existe tal libro, y si lo tiene me lo tendrá que entregar a mí.

* * *

Del interior de la gruta llegaba como un aliento húmedo de profundidad tropical, caliente y de sugerencias volcánicas. La luz de la linterna que manejaba Thelma Sullivan se deslizaba por las paredes como con dificultad, como si fuese pegajosas. En alguna parte, les pareció oír rumor de alas diminutas y veloces, que se hundieron repentinamente en el silencio. Desde las dos de la tarde habían estado buscando la entrada a la gruta, y finalmente, cerca de las seis, la habían encontrado.

Es decir, habían encontrado una entrada y estaban recorriendo una gruta, pero no podían estar seguros de que fuese la que les interesaba…, si es que realmente la bruja Águeda tenía agallas y salud para vivir allí dentro. Ocasionalmente, las uñas rascando en piedra recordaban la existencia de ratas o animales parecidos. Al recorrer uno de los pasillos, tanto Thelma como James se llevaron por delante, con el cuerpo y la cara, varias telarañas que les parecieron de goma adhesiva, más pegajosa que cualquier otra cosa conocida.

En aquel silencio, la luz parecía tener vida, moviéndose de un lado a otro, siempre reflejando el brillo de la tierra o perdiéndose una vez y otra en agujeros negros que no parecían tener fin. En dos ocasiones, incluso estuvieron seguros de oír el rumor del mar.

Finalmente, Jim Ford expuso lo que hacía ya rato estaba pensando:

—Debemos habernos perdido aquí abajo —murmuró—. No es posible que en una isla tan pequeña existan tantas grutas: estamos dando vueltas y vueltas por el mismo sitio.

—Tal vez —admitió Thelma—, pero si así es en cualquier momento deberíamos encontrar a la bruja.

—Afuera ya debe ser de noche. Deberíamos salir, y ya volveremos mañana.

—¿Cuál es la diferencia, estando aquí dentro? Aquí es de noche

siempre.

Sus palabras retumbaban, parecían rebotar en sábanas mojadas. Eran sonidos que parecían morir enseguida blandamente.

La luz de la linterna iluminó tan de repente a Águeda Malazaña que Thelma Sullivan lanzó un chillido, y retrocedió, mientras el sobresalto hacía saltar la linterna de su mano. Jim, que también había visto brevemente la imagen, quedó con los pies clavados en el suelo, muy abiertos los ojos.

—Jim, Jim —exclamaba Thelma—, ¿la has visto? ¡Está delante de nosotros…!

—Sí —tragó saliva Ford—. Cálmate.

Recogió él la linterna, y localizó de nuevo a Águeda con la luz, que la envolvió como tocándola, rodeándola, y se perdió en nuevas oscuridades. La luz: quedó fija en la figura de Águeda, de pie, erguida en aquel recinto rocoso que tenía reflejos en alguna parte.

Destacaron los ojos negrísimos y grandes, en la piel facial arrugada, como la de mil viejas tortugas. La gran nariz aquilina, la angosta frente de tenebrosos presagios; por un lado de la negra túnica que cubría por entero el cuerpo de Águeda, se veía parte del largo manto de cabellos grises que parecían estar hechos de cenizas de cadáveres y de noches de luna vieja.

—¿Qué buscáis aquí? —preguntó la bruja.

Su voz sonó nítida y tranquila, con resonancias suaves, en inglés. La sorpresa todavía mantuvo paralizados un par de segundos a los visitantes que reaccionaron con un estremecimiento.

—Somos periodistas —dijo suavemente Thelma Sullivan—, y hemos venido en tu busca.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Queremos… saber cosas de ti, y de tu zombi, y hacerte grandes fotografías.

—¿Con qué objeto?

—Pensamos que te interesará que el mundo entero, y no sólo estas islas, conozca bien tu magia, tus poderes. Nosotros podemos hacer que tus fotografías y lo que nos digas se publique en todo el mundo. Todo el mundo sabría que eres una gran hechicera del opheah.

—Ya lo sabe todo el mundo que debe saberlo. Y vosotros me estáis mintiendo: habéis venido a buscar algo que no es vuestro,

sino mío, y que no pienso daros. ¡Marchaos!

Águeda Malazaña movió los brazos enérgicamente hacia ellos, y una bola de fuego brotó del suelo ante los pies de Thelma y Jim, que dieron tal salto hacia atrás que estuvieron a punto de caer sentados. La luz dejó de iluminar a la bruja, que sólo fue visible una fracción de segundo, al resplandor del azulado fuego brevísimo.

Thelma se apresuró a enfocar de nuevo a Águeda, pero no la encontró. El haz de luz recorrió el recinto de piedra y tierra sin que se viera a la bruja por parte alguna. En cambio, de pronto, iluminó la mole del zombi, en cuyos ojos de tiburón muerto pareció perderse. Thelma se atragantó con su respingo, y acto seguido jadeó:

—¡Míralo, ahí está el zombi!

—La madre que… —jadeó Ford.

El brazo derecho del zombi se alzó, señalando hacia los visitantes, como pasando por encima.

—Marchaos —retumbó su voz de caverna llena de muertos—. Águeda no quiere… que estéis… aquí…

No sólo el espanto, sino la fascinación, retenían a Thelma y a Jim con los pies clavados en el suelo, fijos sus desorbitados ojos en las facciones de barro muerto del zombi, en sus ojos de negra luz muerta, en sus atléticas proporciones increíbles que convertían en pequeñas sus ropas bastas y sólidas.

Y como quiera que los visitantes no se movían, el zombi dio un paso hacia ellos. Sus hombros oscilaron, su masa se movió, sus pies sonaron en el suelo como impactos de carne muerta sobre carne muerta. Thelma volvió a gritar, y retrocedió, mientras Jim Ford, pálido pero decidido, sacaba una pistola y mascullaba:

—Maldito sea, ese libro será para nosotros…

Thelma le agarró la muñeca.

—No dispares —susurró—: sería inútil, ya está muerto…

—¡No digas tonterías!

El siguiente paso del zombi resonó igual que el anterior, como si el sonido pudiese llenar de resonancias muertas mil cavernas como aquélla.

—¿Queréis el libro? —llegó de alguna parte la voz de Águeda—, ¿El libro de los muertos? ¿Para qué lo queréis?

¡El zombi quedó como una estatua! Thelma y Jim miraron

alrededor, buscando en vano a Águeda.

—Queremos hacer algo bueno con ese libro —dijo Thelma—. Queremos utilizarlo para el bien. Ya sabemos que sólo contiene magia, pero podemos utilizarlo para el bien.

—¿Qué es el bien para vosotros?

—Escucha, si tú tienes el libro podemos pagártelo muy bien —dijo Jim Ford—. ¡Nadie te lo pagará mejor! Y a fin de cuentas, ¿para qué lo quieres tú, si sólo contiene brujerías que tú misma enseñaste a Masterson?

—¿Sólo contiene brujerías? —resonó la voz de Águeda—. ¡Me estás mintiendo en todo! ¡Vete! ¡Marchaos! Solamente entregaré el libro a quien sepa decirme la verdad sobre él. ¿La sabéis vosotros?

Thelma y Jim permanecieron en silencio. El zombi permanecía inmóvil. Pareció que todo fuese a quedar así para la eternidad, hasta que, muy suave llegó la nítida voz de la bruja Águeda:

—Quico, ven conmigo, déjalos solos en las tinieblas de sus mentiras.

El zombi dio media vuelta, y se dirigió gruta adelante, sin más, en silencio, con movimientos lentos, seguros, poderosos… Jim Ford apretó los labios, alzó la pistola, y apuntó a la espalda del zombi…

En alguna parte, inesperadamente, se oyó un fuerte aleteo, y el fuerte grito del ave de rapiña. Thelma gritó una vez más, y dirigió la luz de la linterna hacia el techo; en busca del origen de aquel grito chirriante que le había puesto los pelos de punta. En aquel momento, Jim disparaba hacia donde un instante antes estaba el zombi. El disparo retumbó en todas partes, pareció recorrer mil galerías y, regresar en un eco que quería ser interminable. Pero terminó, y entonces las pisadas del: zombi llegaron hasta Jim y Thelma, que se había recuperado una vez más y; buscaba con la luz al zombi.

—Estoy seguro de que le he acertado —jadeó Jim Ford.

Thelma no contestó. Recordó que también Pedro Luis Martínez había acertado en el cuerpo del zombi, y que no había sucedido nada. Las pisadas del zombi seguían resonando, pero cada vez más lejanas y amortiguadas. No seguía ninguna otra cosa, nada.

Y todo quedó de nuevo en total silencio.

—Creo que será mejor que salgamos de aquí —dijo Thelma.

—¿Sin el libro?

—He tenido una idea que puede dar resultado. Pero de momento salgamos de aquí… Esa bruja tiene todas las de ganar aquí dentro. Salgamos.

—Está bien.

Pero decirlo fue mucho más fácil que hacerlo. Tardaron tanto en encontrar el camino de regreso, o simplemente el camino correcto, que comenzaban a temer que jamás lo encontrarían. Y si lo encontraron fue porque oyeron ruidos ante ellos, que parecían irlos guiando. En dos ocasiones, Thelma alcanzó con la luz de la linterna la gran mole que se movía ante ellos ahora en tétrico silencio, y, por fin, lo comprendió.

—El zombi nos está guiando —susurró—. Va delante de nosotros haciendo esos ruidos para que encontremos la salida.

—No digas tonterías.

Tan sólo dos minutos más tarde, la luz alcanzó de nuevo al ahora espeluznante silencioso zombi, que desapareció enseguida, y Jim Ford, que le había visto y alió enseguida la pistola, no tuvo tiempo ni de tocar el gatillo.

—¿Qué dices ahora? —inquirió Thelma.

—No entiendo por qué lo hace.

—Creo que yo sí. Por dos veces me he puesto de su lado: cuando el venezolano le iba a disparar por segunda vez, y cuando has querido hacerlo tú.

—¿Quieres decir que eso… esa cosa… te está agradecido?

—No le encuentro otra explicación.

—Eso significa que tiene sentimientos.

—¿Por qué no ha de tenerlos?

—¡Está muerto!

—Ahora eres tú quien dice tonterías —refunfuñó Thelma Sullivan—: ¿cómo ha de estar muerto un ser que se mueve y habla?

—Escucha, los zombis…

-Oh, ya basta. Calla y escuchemos los sonidos con que nos está guiando el zombi.

CAPÍTULO IV

—Bueno, hija mía, francamente —movió la cabeza el padre Wilson—, no voy a decir que no les crea a ustedes, pero… su relato es bastante fantástico.

—Eso es tanto como decir que no nos cree —gruñó Jim Ford.

—Yo sí les creo —dijo Pedro Luis Martínez.

—Y yo —se estremeció la linda María Inés—. ¡Todas esas cosas son muy propias del vudú! ¡Esa bruja debe tener realmente grandes poderes!

—¿Grandes poderes? —alzó las cejas Irving Wilson—. ¿A qué se refiere usted, jovencita?

—Pues a todo ese control de la oscuridad, al ruido de alas de águila que crea ella misma, y de otros animales, y a los…

—Pero bueno —se irritó visiblemente Irving Wilson—, ¿es que vamos a volvernos todos tontos? ¡Todo eso no es cierto!

—¿También va a negarle a Águeda el poder de resucitar a los muertos? —saltó María Inés—. ¡Ella tiene su zombi! ¡Y ya somos cuatro los que lo hemos visto! ¿Cuantos tendrán que verlo para creerlo?

—Me parece que todos tendríamos que verlo —dijo en tono casi festivo el escritor Campbell, retirando su pipa de la boca—. Aunque quizá él sólo siente aprecio, por la señorita Sullivan, que le ha salvado la vida.

—No le veo la gracia de sus ironías, señor Campbell —dijo secamente Thelma.

—Y otra cosa —dijo Martínez, como siguiendo sus pensamientos —: ¿por qué uno solo?

—¿Un qué? —preguntó Stoner—. ¿A qué se refiere?

—Al zombi. Quizá esa bruja tenga más de uno. Quiero decir que si ella tiene varios zombis y decide que la estamos molestando

demasiado, pues… las cosas podrían complicarse mucho para nosotros.

Irving Wilson se puso en pie velozmente, alzando los brazos con un gesto de impotencia.

—¡Si vamos a seguir conversando en este nivel, yo no intervengo! Mis creencias me impiden admitir todas esas cosas.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Susan Grover.

—Estoy aquí, señorita Grover, porque lo que sí parece cierto e indiscutible es que hay una persona llamada Águeda que necesita mi ayuda, guía y consejo para emprender el camino de una verdadera y no diabólica que…

—Espere un momento, amiguito —saltó Peter Barley—: nada de rollos beatíficos ni milagreros ahora, ¿de acuerdo? Vamos a ver… La señorita Sullivan, que además de preciosa es muy dispuesta, ha venido aquí en compañía de Ford para explicarnos lo sucedido y hacernos una propuesta, ¿no es así, señorita Sullivan?

—Así es. Gracias, señor Barley.

—No se merecen —guiñó un ojo el escritor—. Bien, propongo que nos callemos todos, dejando de un lado las respectivas y personales creencias, y escuchemos la propuesta de la señorita Sullivan, que supongo es de interés general. ¿Acierto?

—Acierta usted, en efecto —sonrió Thelma.

—Perfecto. Ahora, padre, siéntese y escuche, como los demás… por favor. O eso, o, cuando menos, no interrumpa. Es que los demás sentimos interés por esa propuesta, ¿sabe?

Irving Wilson, que parecía haberse puesto de pésimo humor, mascculló algo, y se sentó de nuevo. Estaban todos en el amplio porche del hotel, donde había sido instalada una mesa carcomida y unas cuantas sillas no menos carcomidas, pero que de momento resistían.

La reparación del generador por parte de Jim Ford había sido efectiva, de modo que ahora, en el porche, había la luz amarillenta de un pequeño farol polvoriento que formaba parte del conjunto que había funcionado años atrás. Dentro del hotel también se veían luces encendidas. Todo tenía un aspecto decididamente decrépito y sucio, y a los lados y detrás se extendía la húmeda vegetación. Delante, el mar, apenas se oía, pero sí se veía, como una gran lámina de cobre al rojo vivo, debido al resplandor de la luna, que

mostraba su más bello tono anaranjado de luna recién aparecida.

—Bien —dijo Thelma, cuando la atención de todos se centró en ella sin distracciones—, la verdad indiscutible es que todos hemos venido aquí en busca del libro de W. W. Masterson. ¿Correcto?

El silencio, de por sí elocuente, recibió el apoyo de varios movimientos de cabeza afirmativos. Thelma también asintió.

—El libro, sin embargo, lo tiene esa bruja, y no parece que esté dispuesta a soltarlo. Para conseguirlo será necesario arrebatárselo, o dicho con la claridad necesaria, robárselo… sea como sea. Lo que me pregunto en primer lugar es si todos ustedes están dispuestos a ello, a robárselo sea como sea.

—¿Quiere decir todos juntos? —murmuró Wilson.

—Ésa es la idea.

—Pero sólo hay un libro, y si lo queremos todos…

—¿Por qué no podemos tenerlo todos? En menos de dos horas podemos estar en varios lugares donde tendríamos todas las fotocopias que quisiéramos. ¿Por qué se lo ha de quedar uno solo de nosotros en exclusiva?

—Lo que Thelma quiere decir —apoyó y aclaró Jim Ford— es que el hecho de que el libro lo tengamos varios no tiene que ser perjudicial para nadie.

—Eso no lo sabe usted, señor Ford —intervino por primera vez con su tenue voz el japonés Yamagata—. Podría ser que ese libro fuese sólo útil a alguien contando con la exclusividad total, y que perdiera toda su eficacia o interés si se tenía que compartir su contenido.

—De acuerdo, pero… ¿hay alguien en éste caso? ¿Hay alguien que se sentiría perjudicado o que dejaría de sentir interés por el libro sólo porque alguien más lo tuviera?

—Una exclusiva es una exclusiva —insistió Yamagata.

—¿De qué clase de exclusiva habla usted? —le interpeló con impaciencia Thelma—. ¿Periodística?

Yamagata bajó la mirada, que pareció apagarse tras los cristales de sus gafas; parecía un ratoncito enojado. Todas las miradas estaban fijas en él. Por fin, Susan Grover soltó una de sus encantadoras risas.

—Bueno, yo entiendo bastante al señor Yamagata, y a decir verdad preferiría tener el libro en exclusiva, pero…

—A mí no me importará compartirlo —dijo Uriah Stoner—, sobre todo contigo, Susan.

—Ya está bien, ¿no? —se encrespó la pelirroja—. ¡Deje de tratarme como si fuese el juguete más querido de su vida! ¡Demonios, ni siquiera le he permitido que me toque usted los pechos, Stoner!

Wesley Campbell emitió una risita, mientras Uriah Stoner se enrojecía. Irving Wilson movió las manos en gesto de apaciguamiento.

—Antes tuve que callarme yo, ¿no? Pues ahora cállense ustedes. La señorita Sullivan ha hecho su propuesta, y tenemos que aceptarla o rechazarla.

—Yo no la considero aceptable —machacó Yamagata.

—¿Por qué no? —le miró Thelma—. Dudo mucho que nuestro interés por ese libro sea coincidente, señor Yamagata. A mí me será útil para una cosa, a usted para otra, al padre Wilson para otra… ¿Por qué no unir nuestras fuerzas, nuestras armas, nuestras linternas, y entrar todos en esas grutas a quitarle el libro a la maldita bruja que el diablo se lleve?

—Deje tranquilo al diablo —dijo fríamente Irving Wilson.

—¿He dicho algo que le haya molestado a usted? —se sorprendió la bella Thelma.

—Deje tranquilo al diablo —masculló Irving—. Sólo eso.

—Pues yo —se echó a reír Peter Barley— ¡me cago en el diablo!

Nadie dejó de darse cuenta de la intensa palidez que se extendió por el rostro de Irving Wilson, ni del ramalazo de furia que pasó por sus ojos súbitamente encendidos. Pero inmediatamente, el cura bajó la mirada, y se quedó sumido en hosco silencio. Un silencio que pareció pesar de modo extraño, inquietante, de mal augurio, en todos los presentes.

—Estamos desquiciando las cosas y perdiendo el tiempo —dijo de pronto Thelma Sullivan—, así que vamos a simplificar: los que quieran venir con Jim y conmigo a por El libró de los muertos, que levanten el brazo.

Todos los brazos se levantaron, excepto el del japonés Yamagata, que parecía una diminuta estatua ratonil. Por fin, de evidente mala gana, alzó el brazo y la cabeza al mismo tiempo.

—No está usted obligado a aceptar, señor Yamagata —dijo

Stoner.

—Ya he dicho que acepto, ¿no? Si ustedes van a por el libro no voy a ser tan tonto de quedarme aquí solo y perdiendo toda posibilidad de conseguirlo ni en exclusiva ni de ninguna manera.

—Es la cosa más inteligente que he oído en toda la noche —dijo Wesley Campbell—. Bien, ¿cuándo vamos a entrar en esas grutas?

—Ahora —dijo Thelma Sullivan—. Reunamos todas las linternas y todas las armas y vamos allá.

—¿Y qué pasará con la bruja? —preguntó Susan Grover—. Porque lo que a mí me interesa era pintarla.

—Escuche señorita Grover —dijo Yamagata con una inesperada vivacidad matizada de ira—, no sé los demás, pero yo la he estado observando a usted con mucha atención, y dudo mucho que su interés esté en conseguir pintar a esa bruja caribeña.

—¿Qué quiere decir? —se tornó aguda la voz de Susan.

Kazuo Yamagata estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos de la pelirroja. Luego, despacio, le tomó la mano izquierda, la colocó con la palma hacia arriba con un gesto hábil y rápido, y colocó la yema de un dedo en el centro, presionando.

—Usted ya me entiende —murmuró.

Susan Grover, que había respingado contenidamente, retiró con un gesto casi fiero la mano, y por un momento pareció que fuese a agredir al japonés, que se quedó mirándola serenamente; sin el menor sobresalto, inmutable.

—¿Se puede saber lo que pasa? —preguntó María Inés.

—¡Usted se calla! —gritó Susan.

—Ya empezamos de nuevo —movió la cabeza Peter Barley—. ¿Vamos todos a por ese libro o no vamos?

Hubo asentimientos de varios modos, y entonces Thelma Sullivan se puso en pie.

—Dentro de una hora nos reuniremos de nuevo todos aquí, con el material que hayamos reunido.

La reunión se disolvió, y cada cual fue adonde tenía sus cosas, en busca de las que pensaron que podrían ser útiles en aquella expedición insólita. Susan Grover se dirigió hacia el embarcadero en pos de Uriah Stoner, al que alcanzó a medio camino. Por delante del periodista caminaban Thelma y Jim.

—Señor Stoner.

—¿Sí? —se volvió éste.

—Creo que me he puesto demasiado nerviosa… Si le he dicho alguna inconveniencia le ruego que me perdone.

—¿Inconveniencia? —murmuró Stoner—. Vaya, es usted muy benévola consigo misma, señorita. Grover.

—Antes me llamaba Susan.

—Cuando no creí que pudiese molestarse tanto, señorita Grover.

—No me molesta usted —sonrió la pelirroja; tomó una mano de Stoner y la colocó sobre sus pechos—. Es sólo que estaba nerviosa, no sé por qué.

—¿Y ya no lo está?

—Ya no. Vamos Uriah, no sea rencoroso. Sentimos mucho agrado el uno por el otro. ¿No es cierto?

El rostro de Stoner permanecía inexpresivo. Su mano apretó la turgente carne femenina. Luego, con las dos, alzó el ligero jersey, dejando al descubierto los blancos y magníficos senos de Susan, sin sujetador ni traba alguna. Su rostro se inclinó sobre ellos…

—Mira —susurró Susan—… Uriah, nos están esperando…

—Pero dentro de una hora —susurró también él, besando la carne tibia y sedosa.

—No, por favor… Ahora, no, Uriah. Además, te he alcanzado para decirte algo, tengo que pedirte una cosa…

… Stoner se irguió lentamente. Su mirada quedó fija en los ojos de la pelirroja, que parecían inundados de luz anaranjada.

—¿Qué tienes qué pedirme?

Susan Grover se abrazó al cuello de Stoner, acercó su boca a su oreja, y le musitó unas palabras. Luego, hundió su boca en la del hombre, que rodeó el hermoso cuerpo con sus fuertes brazos.

* * *

Entre los matorrales, el zombi estaba contemplando el beso que cambiaban con sofocante avidez Susan Grover y Uriah Stoner. Estuvo así unos segundos, y luego dio la vuelta y se alejó, silenciosamente. Del poblado de pescadores granadinos llegaba un rumor de voces y risas. Sesenta y tantos kilómetros al Sur, visible desde la playa donde estaba ubicada la aldea, se podía ver en la

oscuridad que la luna iba dejando tras ella en el horizonte, el resplandor suave de las luces de Saint George, la capital, en la isla de Granada. Pero eso estaba lejos, muy lejos de Petit Mayereau. Se podía llegar en minutos con una avioneta, en dos horas con lancha, en media hora con helicóptero, pero ahora estaba lejos, lejos, lejos…

Algo se movió suavemente por delante del zombi, y éste se detuvo. Por entre los matorrales apareció, como una mancha de luna, la cabellera de Águeda, que parecía flotar, y era lo único visible de su persona. Pero el zombi tenía suficiente, sabía quién estaba allí, percibía su aroma inconfundible…

—¿Has visto algo más? —preguntó Águeda.

—El periodista y la pintora se estaban besando, Águeda.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado?

—Ella le ha tomado las manos y las ha puesto sobre sus pechos. Pero no harán el amor. Ella no quiere.

—¿Has visto algo más, has oído algo más?

—He visto los pechos de la pintora…, pero los tuyos son más hermosos, Águeda.

En la oscuridad sonó, contenida, la risa breve y nítida de la bruja. Luego, Águeda buscó en la misma oscuridad la mano del zombi, y tiró de ella. El zombi la siguió. Seguía percibiendo aquel aroma de Águeda que nunca nadie más podría tener en todo el mundo.

No había nada mejor para el zombi que seguía a la bruja, tomado de su mano que acariciaba, dócil y fiel como no podría serlo ningún otro ser en todo el mundo que ellos conocían.

Ninguno de los dos hacía ahora el menor ruido.

* * *

Era inevitable que el grupo hiciera ruido en su desplazamiento isla adentro en busca de la entrada a la ruta que habían encontrado aquella tarde Thelma y James. También se habían encendido las linternas, pese a lo cual los tropezones y hasta alguna que otra caída se fueron sucediendo.

En cabeza iban Thelma y Jim, él con la linterna. En último lugar

iban Martínez y la linda María Inés, cuyos grandes ojos se movían velozmente en todas direcciones, como queriendo ver en la oscuridad cosas inimaginables. A medida que se iban acercando al centro del islote el silencio era mayor, pues no se oía ni el más leve rumor del mar, ni llegaban hasta allí las voces o la música de los transistores del poblado de pescadores. A medida que se iban acercando al centro de la isla, todo iba siendo más oscuro, más sofocantemente cálido y húmedo.

La luna iba palideciendo a medida que se iba alzando en el cielo estrellado; y también las estrellas perdían parte de su brillo, y algunas casi desaparecían totalmente debido al fulgor de la luna.

En un momento dado en que se detuvieron todos, se escuchó durante unos segundos las respiraciones de unos y otros, que parecían alientos de animales en el follaje. Como puestos de acuerdo, todos respiraron más contenidamente, como si temieran que su fuerte respiración delatase el lugar en que estaban.

El silencio fue todavía más siniestro.

En uno de los más hermosos lugares que todavía quedan en el mundo todo parecía oler a medio podrido.

La voz de Thelma Sullivan sonó extraña, como algo insólito, como una cosa nueva que no tuviera razón de ser:

—Debemos estar muy cerca de esa entrada.

-Sí —dijo Ford—, muy cerca.

Era como si estuviesen hablando dos títeres.

Pero, efectivamente, estaban muy cerca de la entrada a las grutas, o cuando menos, de una de las entradas. Tan cerca, que Thelma Sullivan tardó sólo un par de minutos en llegar a ella y señalarla con gesto vivo.

—¡Aquí está! —exclamó.

CAPÍTULO V

El rumor del grupo de personas penetró por todos los recovecos de la gruta de la bruja Águeda, y llegó hasta el lugar donde ésta tenía su espejo y su yacija, en la cual estaba sentada en aquel momento, fumando en su cachimba. Había en las paredes flores disecadas, un gallo negro, una gallina blanca igualmente disecados, y un gran lagarto que a la luz del quinqué mostraba un reluciente, como viscoso colorido amarillo verdoso.

Frente al espejo de Águeda estaba Quico, el zombi mirándose detenidamente. El rumor tardó un poco más en llegar a su oído que al finísimo de la bruja, pero llegó finalmente, y entonces se volvió hacia Águeda.

—Ya han entrado —dijo.

Águeda asintió, y continuó fumando de su pipa. El zombi se acercó y se quedó mirándola con sus ojos qué parecían contener la oscuridad de miles de noches muertas.

—Águeda, ¡qué hermosa eres! —dijo.

Ella le miró, sonrió mostrando primero sus mellas y sus dientes podridos, y finalmente soltó una carcajada. El zombi se dejó caer de rodillas ante ella, y le tomó una mano.

—Águeda, dame tu amor —dijo.

—Eres un zombi sinvergüenza, Quico —dijo Águeda.

—Te amo, Águeda, bruja mía.

—¿Y harías el amor conmigo? ¿Ahora?

—Ahora y siempre.

—Para hacer el amor conmigo tendrías que estar vivo, Quico, y tú estás muerto.

—Pero te amo.

—Por mucho que me ames, estás muerto.

—No estoy muerto… ¡Tú me das vida! ¡Dame también tu amor!

La bruja Águeda Malazaña volvió a reír ante la petición de su zombi Quico Fierabrás, que según la leyenda llevaba muerto más de trescientos cincuenta años…, hasta que ella lo resucitó para que la sirviese…

* * *

La risa de Águeda Malazaña se expandió por los pasadizos húmedos, y llegó hasta el grupo de intrusos armados y provistos de linternas cuyas luces barrían como largas lenguas la oscuridad. Se detuvieron todos en seco, y Uriah Stoner señaló uno de los pasillos.

—Por allí —dijo.

—No —rechazó Yamagata—: ha sido por ese otro lado.

—No, no —rechazó ambas indicaciones Thelma Sullivan—: ha sido por delante de nosotros, ahí mismo.

—Pues yo creo… —empezó Barley.

Se calló, y se miraron unos a otros. Irving Wilson sonrió irónicamente.

—Me parece que si vamos todos juntos no cesaremos de discutir… y de equivocarnos.

—¿Qué sugiere usted? —preguntó María Inés—. ¿Que nos separemos?

—Es lo mejor. Si vamos en grupo esa bruja y su zombi podría estar años burlándose de nosotros aquí dentro. En cambio, si hacemos tantos grupos como linternas tenemos podemos ir batiendo todos los pasillos, y finalmente unos u otros encontraremos a la bruja.

—¿Y qué me dice de las armas? —preguntó el cura.

—Todos tenemos armas —gruñó Campbell—. Incluso usted, padre, no se haga el tímido. Y aprovecho para decirle que me sorprende que usted tenga una pistola.

—Bueno, a veces uno no sabe qué va a encontrar en su camino…

—Ya, ya, de acuerdo, pero nada de lloriqueos. Por lo demás, bien sentado que incluso usted está armado, a mí me parece muy bien su plan. Podemos ir por grupos establecidos, si le parece.

—Y eso ¿qué quiere decir? —preguntó Yamagata.

—Quiere decir que cada cual irá con la persona que le acompaña en este asunto. Por ejemplo, Wesley y yo iremos juntos, usted tendrá que ir solo, también tendrá que ir solo el padre Wilson, Martínez y su novia irán juntos, y lo mismo la señorita Sullivan y el señor Ford. En cuanto a la señorita Grover y el señor Stoner, es cosa que deben decidir ellos… o ella.

Emitió una risa aguda, irónica. Susan dijo:

—Yo iré con Uriah, desde luego.

—Pues entonces, si todos están de acuerdo, vamos a ir separándonos a medida que vayamos encontrando diferentes pasadizos.

—Hay una cosa que debe quedar clara —deslizó James Ford—: hemos hecho un trato, y sea quien sea el que encuentre el libro de la bruja deberá avisar a los demás. Tres disparos seguidos serán la señal d£ que el libro ha sido hallado. ¿Alguna duda?

No había ninguna duda, de modo que la expedición de intrusos prosiguió su marcha grutas adentro, formando los grupos ya establecidos, salvo el recién formado por Susan y Uriah, que era nuevo.

Lo cierto era que Susan Grover no parecía caminar muy tranquila por la gruta, y se aferraba con fuerza a la mano libre de Uriah Stoner; con la otra mano, el periodista sujetaba la linterna, cuya luz, siempre por delante de ellos, iba rasgando la oscuridad pasadizo tras pasadizo. De cuando en cuando, Uriah Stoner movía el codo izquierdo, asegurándose de que la pistola continuaba allí, en el bolsillo interior de ese lado de la chaqueta.

No tardaron mucho en oír gritos que parecían llegar retorciéndose por los pasadizos, y enseguida un par de disparos. Uriah y Susan se detuvieron, escuchando anhelantes, pero no sonó el tercer disparo sino hasta transcurrido casi medio minuto más, o sea, que no era la señal de que había sido encontrado el libro de W. W. Mastersoh.

Oyeron gritos, ruido de pies, y muy pronto, cerca de ellos, el agudo arañar de algo en el suelo. Enseguida, sonaron los chillidos de las ratas en alguna parte, sonaron dos disparos más…

—No te muevas de aquí —susurró Stoner—: ¡acabo de ver algo en ese pasillo!

Se desprendió de la mano de Susan, sacó la pistola, y se dirigió

resueltamente hacia el pasadizo que había señalado, dejando atrás a Susan Grover, que exclamó:

—¡Espera, voy contigo…!

—¡De ninguna manera! —gritó Stoner, que continuó alejándose rápidamente hacia el pasadizo—. ¡No te muevas de aquí, vuelvo enseguida!

En un instante, Susan Grover quedó sola, desarmada y sin luz alguna. Todavía estuvo unos segundos viendo el resplandor de la linterna de Stoner alejándose. Luego, la oscuridad total. Y el silencio total. Parecía que en aquellos momentos no había nadie en todo el entramado de pasadizos que componían la vivienda de la bruja Águeda Malazaña.

Unos pocos segundos más tarde, en alguna parte sonó otro disparo, y algunos gritos que se disolvieron enseguida. De nuevo el silencio.

«No creo que estén disparando contra la bruja —reflexionó Susan—. Ella es demasiado lista para ponerse a su alcance, ellas son demasiado listas para ponerse al alcance de cualquiera. Quizá estén disparando contra las ratas, quizá unos contra otros, pero no contra la bruja…».

Tenía la sensación de que sus pensamientos eran sonoros, en contraste con el silencio que la rodeaba. Contra lo que muchos podrían creer, Susan Grover no temía a la bruja Águeda. En realidad, no temía a ninguna bruja. Todo lo contrario, eran las brujas las que debían tenerle miedo a ella… Este pensamiento casi la hizo reír.

Y fue entonces cuando oyó algo en alguna parte, cerca de ella. Contuvo la respiración de pronto, y de nuevo lo oyó: un apagado «pom», como una pisada fuerte, sólida, pesada. En plena tensión, Susan aguzó el oído, y oyó de nuevo el «pom», ahora un poco más cerca.

Luego, nada.

«Es el zombi —pensó—: tengo al zombi a pocos pasos de distancia y acercándose. Pero ahora se ha detenido. Está escuchando para saber si yo estoy escuchando».

No oía nada, absolutamente nada. ¿Respiraban los zombis? Porque si era así, ella debería estar oyendo al de Águeda…

No oía nada, absolutamente nada…, pero de pronto comenzó a

tener la sensación de una presencia cercana, mucho más cercana de lo que antes había estado el zombi. Era una sensación tan densa, tan fuerte, tan intensa, que parecía que comenzaba a formar como una telaraña caliente alrededor de su cuerpo.

«Tengo que alejarme de este lugar», pensó Susan.

Extendió los brazos, dio un paso, y sus dedos tocaron algo. Abogó un grito, retiró velocísimamente los brazos, y se dispuso a dar media vuelta para echar a correr en dirección opuesta… Entonces oyó ante ella una especie de bramido, le llegó una respiración caliente y violenta, y se sintió agarrada fuertemente por ambas mejillas y por detrás de las orejas, y atraída con una fuerza salvaje como no había conocido ninguna anteriormente. Algo que le pareció un volcán, y que al instante siguiente comprendió que era una boca, cayó sobre la suya, y se cerró a, y se cerró fuertemente. Un doble chorro de ardiente aliento dio en el rostro de Susan Grover.

Quiso gritar, y su aliento fue devorado por aquella boca que mordía la suya. La mordió con tal fuerza que le arrancó un trozo de labio inferior, lo cercenó completamente, y Susan sintió todo el horror del chorro de sangre que brotó de ella y fue engullido por la fiera, cuya fuerza le pareció demoníaca.

Sintió en su cuerpo el golpe contra el suelo, y luego todo el peso ajeno encima, siempre su boca sellada, mordida y besada. Pero todavía, en su mente, había lucidez suficiente para pensar. Y pensó:

«Es el zombi…».

El peso sobre ella era tremendo. Comenzó a defenderse como pudo, golpeando y arañando, pero la situación no cambiaba. Al contrario, iba empeorando, porque unas manos implacables estaban arrancando toda su ropa a tirones; la tela crujía a cada tirón, y Susan comenzó a sentirse desnuda, comenzó a sentir los ávidos contactos en sus carnes. Se sentía sofocada, le parecía que su consciencia era como una bombilla que se iba apagando lentamente. Sentía las presiones y rudas caricias en sus caderas, en sus pechos.

Y de pronto, sintió la terrible violencia de la violación. Quiso gritar de nuevo, y otra vez el aliento fue devorado. Sintió como si su pecho se congelase al percibir los pinchazos en él; era como si toda su carne se estuviese desgarrando. Se envaró, quedó rígida, sin

aliento.

Entonces, el volcán que sujetaba su boca se alejó, y cayó ahora transformado en feroces fauces en un lado de su cuello. Con los ojos fuera de las órbitas, desencajado el rostro en la oscuridad, incapaz ahora de proferir tan siquiera un sonido de queja, Susan Grover sentía como una explosión de fuego furioso la violación sexual de que estaba siendo objeto, y además, aquella sensación de pinchazos fríos y penetrantes en el tórax y en el bajo vientre, y además, aquellos mordiscos en el cuello…, y ahora en el rostro, y ahora en el hombro, en un pecho, en otro…

Con los últimos restos de lucidez de su vida, Susan Grover tuvo la aterradora sensación de que la estaban violando… y devorando.

* * *

Con la luz por delante, Kazuo Yamagata recorría rápidamente el camino elegido, esperando tener la suerte de encontrar lo que deseaba, y que no era en aquel momento El libro de los muertos.

No tardó en oír los ahogados bramidos, los jadeos profundamente roncos. Apagó la linterna, y, guiado por esos sonidos espeluznantes pero que a él no le impresionaban en absoluto, continuó caminando hacia su objetivo. Él sabía que lo había encontrado. Lo había visto en los ojos de Uriah Stoner, lo sabía con toda certeza.

Se detuvo cuando los gruñidos estaban a menos de dos metros, y entonces encendió de nuevo la linterna.

La luz cayó primero sobre una escena verdaderamente confusa, en la que destacó, súbitamente, el rostro ensangrentado de Uriah Stoner vuelto hacia la luz, muy abiertos los ojos, como petrificados. La sangre de Susan Grover, cuyo cuerpo estaba todavía poseyendo en bestial violación, resbalaba por su boca y cuello, y lo manchaba todo. En el rostro y cuello de Susan Grover faltaban trozos de carne, y la sangre y las mutilaciones habían convertido a la bella pelirroja en un espectáculo horripilante, en el que destacaba de modo pavoroso los grandes ojos desorbitados.

—No se mueva de ahí, Stoner —susurró Yamagata—. Siga, siga, por mí puede seguir gozando.

Uriah Stoner no se movió. Seguía como petrificado sobre el cuerpo destrozado de la pelirroja. Alrededor del torso, Stoner tenía unos delgados alambres de agudas púas que se hundían en el tórax de Susan Grover. Se veían sus senos blancos, aplastados, con rayas de sangre que se deslizaban por los lados hacia el suelo…

—A los dos los tenía bien catalogados, por lo que veo —dijo el japonés—. ¿Sabe a qué me dedico yo? A estudiar científicamente las cabezas de gentes como ustedes y como la bruja Águeda. Los busco, les corto la cabeza, y la llevo a mi laboratorio, donde estudio sus cerebros a fondo. Tengo más de ochenta cabezas en mi laboratorio… ¡Ji, ji, ji! ¡Siga haciendo lo suyo!

Stoner no se movía. La escena era ahora todavía más cruda e increíble que antes.

—Vi en la mano de la señorita Grover la señal de las cazadoras de brujas… ¿Sabe lo que hacen? Buscan brujas, pero no para investigar científicamente, como yo, sino para arrancarles el corazón para llevárselo a Boston, donde está su… grupo de honorables damas aburridas que se divierten solamente cuando disponen de un corazón de bruja para devorarlo en una de sus sesiones de purificación. En cuanto a usted, desde el primer momento le catalogué como perteneciente a esa secta del Lobo que buscan vírgenes para hacer… lo que está usted haciendo con la señorita Grover, y que continuamente se están renovando en sus orgías antropofágico sexuales para adquirir conocimientos nuevos de cualquier clase que les permita un mayor disfrute. Y es por eso que quería usted ver a Águeda, para ver qué podía enseñarle de nuevo. Pero la señorita Grover cometió la imprudencia de molestarlo, y su maldad no ha podido resistir el deseo de venganza… y disfrute al mismo tiempo. ¿Qué? ¿Era virgen la señorita Grover?

El rostro lleno de sangre de Uriah Stoner, que no podía expresar más maldad ni refocilamiento, se expandió en una sonrisa que, en efecto, parecía de lobo. Sus ojos parecían convertir la luz de la linterna en fuego. Con la sonrisa todavía en su rostro, se desentendió de Yamagata, y continuó su labor con la ya fallecida Susan Grover volviendo a emitir gruñidos de satisfacción, de hondo placer.

El menudo japonés se adelantó, sacó una navaja y apretó el

resorte que hizo aparecer la larga y delgada hoja. Se colocó junto a Stoner, apoyó la punta de la navaja en la base del cráneo, y apretó fuertemente, hundiendo completamente el acero. Uriah Stoner pareció recibir una descarga eléctrica, saltó, vibró un instante, y luego se abatió, fulminado, sobre el cadáver de su víctima.

Kazuo Yamagata emitió una risita.

—Y además, señor Stoner —dijo—, sé qué ella le pidió que me matara usted a mí, precisamente porque descubrí en su mano el signo de las comedoras de corazones pérfidos…

El japonés no había oído nada.

Tampoco oyó el disparo.

Pero la bala le acertó en la nuca, justo donde él había hundido la hoja de la navaja en Stoner, le mató en el acto, y lo derribó como, un muñeco extravagante sobre la horripilante escena.

CAPÍTULO VI

Fue Irving Wilson quien, de pronto, sorpresivamente, encontró a la bruja Águeda Malazaña. Se había estado guiando por pequeños ruidos que no conseguía identificar, pero que había seguido. Y, de pronto, al doblar un recodo, la luz de su linterna se expandió por el ensanchamiento subterráneo, y pareció decrecer en intensidad, absorbida por más superficie de tierra y roca.

Pero allá estaba Águeda, sentada en su yacija, con las piernas cruzadas y una cachimba entre los dientes, vueltos sus ojos hacia la luz de la linterna. El padre Wilson, que llevaba una automática en la mano derecha, la alzó unos centímetros, pero movió negativamente la cabeza y volvió a bajarla. Su mirada se desplazó velozmente por la gruta, buscando la presencia de algo que pudiera significar peligro para él. Pero no había nada así. Ni siquiera vio al zombi.

Miró de nuevo a Águeda, que continuaba inmóvil, tranquila, inalterable.

—Siga quieta ahí —susurró—. ¡Nada de trucos de fuego conmigo!

Águeda se limitó a dar una chupada a su cachimba. Irving Wilson se fue acercando lentamente a ella.

—¿Dónde está el zombi? —preguntó.

—Ha salido a cumplir unas instrucciones mías —dijo Águeda, con su inglés tan nítido, tan sorprendente.

—¿Qué instrucciones?

Ella no contestó. Wilson se acercó más. Vio el espejo que parecía tener fondo de fuego, las aves disecadas, las flores. Una enigmática sonrisa comenzó a aparecer en las facciones del cura.

—¿Realmente vive usted aquí dentro… siempre? —preguntó.

—Ésta es mi morada, sí —dijo Águeda.

—No diga tonterías. Usted no es más que una chapucera engañabobos. Pero conmigo no van esas cosas.

—¿No, padre Wilson? ¿Por qué?

—Yo pertenezco a una secta especial de los Adoradores de Satán, y se percibir muy bien cuándo otro ser emana efluvios demoníacos… como los míos propios cuando no me controlo.

—Sí, entiendo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse cuando el señor Barley se cagó en el diablo, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabe eso? —entornó los ojos Wilson.

—Estaba allí cerca, escuchándoles a ustedes. Señor Wilson, son ustedes el grupo de seres más… peculiar que he encontrado en mis ochocientos años de vida. Yo, ciertamente soy una bruja; ustedes son malvados, es decir, que nunca harán cosas buenas. Todas sus acciones, todas sus actividades van encaminadas hacia el Mal. ¿Me equivoco?

—Respecto a los demás, no sé con seguridad —rió Wilson—, pero en lo que a mí respecta ha acertado plenamente. Es cierto, pertenezco a una secta cuyas motivaciones perpetuas son hacer el mal en todas partes y en todo momento. Cada miembro escala puestos más altos cuantas mayores maldades puede ofrecer en nuestras ceremonias secretas. Es por eso que estoy aquí: quiero ese libro para aprender todas sus maldades… y ponerlas en práctica inmediatamente, para alcanzar el más alto puesto en mi Secta de Satanás.

—Por lo que entiendo, señor Wilson, usted ha realizado ya tantas maldades que no se le ocurre ninguna que resulte… novedosa, y es por eso que pensó que una hechicera del obeah podría… asesorarle.

—Exactamente. Por eso quiero su libro. ¿Dónde está?

—¿No quiere que charlemos un poco más? —sonrió Águeda, mostrando así toda la «perfección de su fealdad horripilante»—. Si lo que desea es aprender de mí no debería desaprovechar la ocasión de una buena charla.

Irving Wilson volvió a entornar los párpados y miró alrededor. No se oía nada ahora, en parte alguna. Se acercó más a la bruja, y vio sus grandes ojos negros con toda perfección. Ojos enormes, de ígnea belleza que sorprendió no poco al falso sacerdote.

—Por ejemplo —deslizó suavemente Águeda—, podría decirle cómo vengarse del señor Barley por lo que dijo sobre el diablo. ¿O no piensa usted vengarse del señor Barley?

—Claro que sí —asintió Wilson—. No creo que él es un ser celestial. Ni su amigo Campbell tampoco. Y eso de que son escritores es un cuento.

—¿Tan cuento como su condición de sacerdote católico?

—Desde luego —emitió una risita Wilson—. Por si le interesa, esos dos son miembros de una… cadena de sectas satánicas que se dedican a embaucar a miles y miles de personas en los Estados Unidos. Han convertido el satanismo en un negocio exclusivamente.

—O sea, que son tan malos como usted, pero no por una cuestión… genética, sino premeditadamente, o que significa que, al igual que usted, necesitan asesoramientos para sus… negocios.

—Así es. De cuando en cuando tienen que convencer a algún grupo de «clientes» de sus sectas, y entonces hacen brujerías y maleficios que van recopilando en su catálogo de hechizos convincentes.

—Y quieren añadir las brujerías que se supone yo enseñé a Masterson en ese catálogo de hechizos por medio de los cuales realizan sacrificios. Y al decir «sacrificios» quiero decir asesinatos. ¿Es así, señor Wilson?

—Sí.

—Muy bien. ¿Y qué más sabe usted? Quiero decir, de los otros que han entrado en mi morada.

—No sé. Desde luego, hay algo… extraño y siniestro en los venezolanos, pero no sé qué es. Los más normales, por decirlo de algún modo, son la señorita Sullivan y Ford. Luego, están Stoner y la Grover, que…

—No. Ésos ya no están, señor Wilson.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya no están en este mundo. Y tampoco el señor Yamagata.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué ha ocurrido?

—Cosas que a mí, que soy bruja, me han… impresionado. ¿De modo que usted opina que los normales son la señorita Sullivan y el señor Ford?

—Yo diría que sí… aunque algo deben traerse bajo mano, como

los otros, naturalmente. No le repetiré que me entregue el libro, bruja.

—¿Conoce la verdadera verdad sobre él?

—¿Cuál es la verdadera verdad? —rezongó Wilson—. ¡Ya le he dicho para qué lo quiero, así que no abuse más de mi paciencia, o la voy a matar! ¡Y ya veríamos si resucitaba, después de recibir unas cuantas balas en el vientre! ¡Vamos, deme ya ese maldito libro!

—Se lo voy a dar, señor Wilson, porque sé que no le hago ningún favor. Pero píenselo bien: si cuando le haya entregado el libro usted intenta matarme, como está pensando ahora mismo, Quico le hará arrepentirse de un modo que usted no puede imaginar.

—¿Quién es Quico? ¿El zombi?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Donde debe estar, señor Wilson.

—Usted y su zombi son un par de farsantes, ¿cree que a mí van a tomarme el pelo? Pero está bien, no tengo inconveniente en seguir el juego si me entrega usted ese libro. ¡Hágalo ya, ahora mismo!

Águeda Malazaña asintió, se puso en pie, alzó la colchoneta, y sacó de debajo una libreta de tapas de piel, que tendió a Irving Wilson. Éste miró con desconfianza a la bruja, que, ahora erguida, era casi tan alta como él, y su cuerpo palpitaba en formas entrevistas bajo la negra tela de la túnica. El falso cura volvió a entornar los párpados.

—No me gusta usted —susurró—. ¡No me gusta nada! Hay algo en usted que me causa escalofríos… Creo que son sus ojos…, su mirada. Es una mirada de muerte.

—Tal vez yo también soy una resucitada, como Quico —sonrió la bruja, mostrando de nuevo sus huecos y podredumbres bucales—. ¿Qué le parece la idea, señor Wilson? ¡Una bruja que además es zombi! ¿No es algo… portentoso? Una bruja que realmente ha estado en la Muerte, que conoce el Más Allá no salo por encarnaciones sucesivas o contactos con seres de ultratumba, sino porque ella misma, con este mismo cuerpo, estuvo en la Muerte… y regresó. ¿Y si hay otra cosa… completamente diferente a lo que todos ustedes están creyendo? ¿Y si el brujo es Quico y yo soy su zombi? ¿Y si Masterson era zombi mío y escribía el libro bajo mis

dictados estrictos, no bajo su propio raciocinio? Pero… ¿cómo saber todo esto? ¿Cómo saberlo sin saber la verdadera verdad sobre el contenido del libro? ¿Realmente no la sabe usted?

—Lo sabré pronto —gruñó Wilson, arrebatando el libro de las manos sarmentosas de Águeda—. ¡Y no intente engañarme, porque si éste no es el libro que estoy buscando volveré a por usted!

—Siempre me encontrará en mi morada. Es más, siempre me encontrarán en esta isla, en la que pienso permanecer para siempre.

—Váyase al infierno —masculló Wilson—. ¡Vieja loca farsante! Y ya le he advertido sobre el libro: si no es éste…

-Lo es. Ése es el libro que ustedes están buscando. No un gran volumen encuadernado, sino un sencillo manuscrito. Adiós, señor Wilson.

Éste volvió a mirar a la sorprendentemente alta Águeda Malazaña, en la que percibía un desconcertante gesto de majestad. Pero su rostro era definitivamente horrendo, sus dientes escasos estaban podridos, y su nariz aquilina parecía cerrar la boca delgada. Tras ella, la cabellera hecha con miles de noches sombrías, refulgía como con opaca luz propia.

Por un momento, Wilson pensó en meterle un par de balas en el corazón a la bruja, pero algo le decía que si intentaba semejante cosa le iba a sobrevenir alguna desgracia. Lo sabía. De modo que se alejó de aquel ensanchamiento rocoso, caminando de espaldas hasta que dejó de ver a la bruja Águeda.

Luego, mientras caminaba apresuradamente por los pasillos húmedos, pensó en dos cosas extrañas. Una, que solamente él hubiera encontrado a la bruja. Dos, que ella le hubiera entregado tan fácilmente El libro de los muertos. Incluso, parecía que había estado esperando que alguien la encontrara para entregárselo.

Decidido a salir solo de las grutas y escapar con el libro, Irving Wilson caminaba apresuradamente, lanzando la luz de la linterna a todos lados, siempre atento a cualquier percance. Y fue así como divisó en el suelo el gran bulto que no identificó plenamente hasta que estuvo más cerca. Entonces, se quedó mirando inexpresivamente el cuadro que formaban Susan Grover, Uriah Stoner, y, sobre ambos, con un orificio en la nuca, Kazuo Yamagata.

Tras una breve reflexión, sólo una cosa no quedó clara en la mente de Irving Wilson: ¿quién había matado a Yamagata? Por

supuesto, tenía que ser alguien del grupo, alguien que tuviera una pistola…, es decir, cualquiera del grupo.

Bueno, ¿qué le importaba a él, a fin de cuentas? Lo que le importaba a Irving Wilson era salir cuanto antes de la gruta, robar la pequeña y veloz lancha de los venezolanos, y escapar de allí con el libro, cuyo contenido, ciertamente, no pensaba compartir con nadie, absolutamente con nadie.

Estuvo vagando por lo que le pareció que eran miles de pasadizos hasta que se dio cuenta de que había pasado varias veces por el mismo sitio, y se concentró en el camino. De cuando en cuando, a veces peligrosamente cerca de él, oía en la oscuridad las voces de alguno de los otros, y hasta un par de veces llegó a divisar resplandor de linternas.

Y finalmente, precisamente esquivando estos encuentros, encontró de pronto una salida. Primero percibió un soplo de aire que tenía olor a mar y vegetación caliente, y luego vio la luminosidad estelar. Conteniendo a duras penas su exclamación de alegría. Irving Wilson corrió hacia allí, y salió de las grutas. El aire le pareció mucho mejor que antes. La luna estaba de nuevo baja, lo que indicaba que hacía bastantes horas que habían entrado todos.

Sujetando fuertemente el libro y la pistola, aprovechando las últimas luces de la luna, echó a correr hacia la parte de la isla donde estaba el poblado de pescadores, y en cuyo embarcadero, estaban las lanchas.

Pero cuando llegó allá, no había lancha alguna en el embarcadero.

Ni había ninguna de las barcas de pesca de los granadinos.

Ni había luz alguna en parte alguna.

Puestos a no haber, no había ni siquiera un solo pescador en la aldea del pequeño islote llamado Petit Mayereau.

Solamente había un silencio terrible, una quietud extraordinaria, una belleza nocturna como nunca en su vida había tenido ocasión de contemplar Irving Wilson, que ni siquiera reparó en ello. Era como estar solo en un mundo de fascinante belleza jamás hollado.

Y entonces, aquel mundo de oscura belleza deslumbrante comenzó a latir.

Le pareció que la tierra latía bajo sus pies. Le pareció que era su cabeza, todo su cuerpo, sus pies, todo él quien latía de aquel modo

lento. Cada pocos segundos, se producía uno de aquellos latidos que resonaban en todas partes. Un latido que se diría quería no ser oído, pero que se oía en todas partes, incluso dentro de uno mismo. Irving Wilson pensó en un tambor, pero lo desechó: los tambores no sonaban así. La idea, sin embargo, persistía, el latido le recordaba sonidos de vudú.

Con la vana esperanza de que todo fuese un sueño, se volvió a mirar de nuevo el embarcadero, sólo para convencerse de que no quedaba en éste ni una sola embarcación. Ni quedaba un solo habitante en la aldea. ¿Se habían marchado todos los negros de la isla robando las lanchas?

El latido persistía. Era un tambor. Tenía que ser un tambor, pero no sonaba como los que él conocía.

No sabía qué hacer ni adónde ir, y entonces pensó en el hotel. Lo mejor era ir allí, al menos estaría a cobijo de cualquier cosa que pudiera ocurrir. Y tenía que ocurrir algo, porque aquel latido no presagiaba nada bueno… ¿Era la isla entera la que estaba latiendo?

Lentamente, mirando a todos lados, Irving Wilson se dirigió hacia el hotel. Se acercó al viejo embarcadero del hotel, con la esperanza de que las lanchas, o al menos una de ellas, estuviesen allí. Pero no. Ante él sólo había maderas podridas y el mar, que comenzaba a rizarse suavemente en la ensenada.

Seguía el latido. Toda la isla latía.

Y por entre ese latido lento y monótono, Wilson oyó en el enfurecido rugir de la jauría que se iba acercando rápidamente.

CAPÍTULO VII

No se vio capaz de moverse. Ni siquiera tenía objeto huir, pues lo rodearían y lo alcanzarían entre todos. Así que esperó a pie firme la llegada de la jauría, compuesta por los demás forasteros de la isla, que llegaron precedidos de su furor increíble, y que cuando lo vieron esperándoles callaron de golpe y se detuvieron, para, después de unos segundos, continuar acercándose a él muy lentamente.

Irving Wilson alzó entonces la libreta manuscrita del hombre llamado W. W. Masterson.

—Ya tengo el libro —dijo.

—Ahora ya lo sabemos —dijo acremente Wesley Campbell—. Nos lo ha dicho la bruja.

—¿La han visto?

—No. La hemos oído. Su voz nos ha llegado avisándonos de que usted tenía el libro y que añora querría escapar con él en una de nuestras lanchas, dejándonos burlados.

—En ningún momento he pensado semejante cosa —rechazó con total cinismo Wilson—. Estuve llamándoles a ustedes, y simplemente, de pronto, me encontré en el exterior. Me pareció una tontería volver adentro, así que decidí esperarles fuera.

—Usted no estaba esperándonos «fuera» —gruñó James Ford—. Usted se ha venido hacia aquí para robar una lancha, eso es todo.

—¿Van a creer más a esa bruja que a mí? —protestó Wilson, con tono convincentemente irritado—. Además, si quería marcharme…, ¿cómo es que sigo aquí?

—Porque esa maldita bruja ha dado una orden que ha sido cumplida por sus vasallos: todos se han marchado, llevándose todas las embarcaciones. ¿También en eso nos ha mentido Águeda? —se percibió la sorna en la voz del escritor Barley.

—Podemos comprobarlo —dijo Wilson—. Aún no sé si es cierto.

—Escuche, amiguito —le apuntó Barley con un dedo—, a nosotros no nos toma el pelo ningún infernal hijoputa como usted, ¿se entera? De modo que cierre ya su boca mierdosa y entréguenos el libro.

Peter Barley se acercó, con la mano derecha tendida, enfadado pero al parecer no en plan agresivo. Ni siquiera tenía arma alguna en las manos. Sin embargo, Irving Wilson vio el gesto de Barley intentando ocultar con su cuerpo a su compinche Campbell, el cual metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón…, y Wilson comprendió lo que estaba tramando, y supo que jamás saldría vivo de aquella situación.

Así que tendió la libreta hacia la mano derecha a Barley, que llegó ante él diciendo:

—Todos nosotros hemos decidido que su traición…

Peter Barley no dijo nada más. La mano derecha de Wilson se movió velozmente, dejando tras ella el arco refulgente de la hoja de la navaja que el falso cura había requisado en la escena de horror de las grutas. El arco refulgente se quebró al llegar a la garganta de Barley, cuya voz se quebró como el chorro de agua súbitamente interrumpido. El navajazo fue tan feroz, tan potente, tan destructivo, que casi seccionó el cuello del escritor; la cabeza le cayó hacia atrás al ser tronchado el cuello, y por el boquete brotó un chorro espantoso de sangre reluciente.

Peter Barley se fue hacia atrás, ya mudo, ya muerto, desorbitados por el espanto y el dolor sus ojos.

Wesley Campbell se adelantó, apuntó a la cabeza de Wilson, y disparó, desde menos de dos palmos. La cabeza del falso sacerdote explotó como una sandía a la que hubieran introducido un petardo cuya explosión fuera suficiente para hacer volar un barco. Irving Wilson fue empujado hacia atrás, rebasó el borde del podrido embarcadero, y cayó al agua con grueso chapoteo blando y cálido.

Wesley Campbell se inclinó para recoger El libro de los muertos, y entonces percibió el movimiento de pies colocándose junto a él. Pudo ver los pies de James Ford, y enseguida tuvo la fugacísima sensación de que en su cabeza estallaba el más grande trueno jamás gestado en los cielos tormentosos. Ni siquiera lo oyó más allá de una milésima de segunda porque ése fue el tiempo que Vivió desde

que Jim Ford apretó el gatillo y le metió la bala en la cabeza. Murió Campbell, murieron sus oídos, sus ojos, murió todo sonido en él y fuera de él, porque ya nada de esta tierra podía afectarle.

Cayó de bruces sobre el embarcadero.

Jim Ford se acercó a él, puso un pie en un costado, y lo empujó rodando hasta echarlo también al hermoso mar que de día tenía al más hermoso color azul que pudiera pedírsele a un mar que podía ser el paraíso, y de noche era negro, como de porcelana muerta.

Luego, Jim Ford se volvió, a mirar a Pedro Luis Martínez, y dijo:

—Supongo que está de acuerdo.

—Desde luego. Ahora sólo somos dos grupos, y cabe esperar que no coincidan nuestros intereses. Por mí está bien así…, siempre y cuando hagamos esa fotocopia para María Inés y para mí.

—La haremos.

—Tendríamos que marcharnos de aquí cuanto antes, puesto que ya tenemos el libro —dijo la mulata María Inés.

—La idea es buena —dijo con cierta ironía Thelma—, pero si Wilson no se fue sería por algo, ¿no? Lo que yo creo es que los malditos negros de esta isla nos han robado las lanchas.

Thelma se dio cuenta de la sombría mirada que le dirigió Pedro Luis Martínez al oír lo de «malditos negros», pero se limitó a sonreír; no como pidiendo disculpas, sino como quien no considera al otro enemigo digno de originar excesiva preocupación.

—Eso es lo que yo creo también —asintió Jim—, pero naturalmente vamos a comprobarlo.

La comprobación fue fácil: ni estaban las lanchas, ni las barcas de pesca, ni había persona alguna en el poblado que parecía agazapado a la orilla del mar. Recorrieron los carbets, lanzando la luz de las linternas a todas partes, pero no vieron ni tan siquiera una rata.

Y ya todos de nuevo reunidos frente al poblado, fue Thelma la que se dio cuenta:

—Ya no suena el tambor.

Se quedaron con la respiración en suspenso, escuchando. Pero era cierto, no se oía el tambor; no se oía nada. Pedro Luis Martínez lo señaló.

—Si vamos a tener que quedarnos aquí no sabemos cuánto tiempo, será mejor que recojamos del agua los cadáveres de Wilson

y Campbell y los dejemos en tierra firme.

—¿Y eso por qué? —alzó las cejas Jim.

—Porque si los dejamos en el agua el mar se los va a llevar, y si pasa cerca de la isla alguien que nosotros no veamos u oigamos podría dar la mala casualidad de que él o ellos viesen los cadáveres flotando o en el fondo.

—Explicación satisfactoria —asintió Jim—. De acuerdo, vamos a por ellos.

Regresaron al podrido embarcadero del hotel, y sacaron del agua los dos cadáveres, que acto seguido, juntamente con el de Barley, arrastraron hacia la playa, y luego hasta la primera línea de vegetaciones, donde los dejaron escondidos, utilizando grandes hojas de helechos y palmas.

—No sé ni para qué nos molestamos —dijo Jim—. Estoy seguro de que aquí hay ratas, y no tardarán en aparecer para devorarlos.

—Lo harán tan pronto nos alejemos —remachó Thelma.

—Es posible —dijo Martínez—, pero por si acaso es mejor que no estén a la vista. En cuanto a los otros tres, ya están bien allá dentro. Me habría gustado ver cómo ocurría todo eso.

—Yo quiero ver el libro —dijo la mulatita—. ¡Estoy deseando comprobar si está en él lo que buscamos, Pedro Luis!

—¿Y qué es lo que buscan ustedes? —quiso saber Thelma.

María Inés no contestó, y Pedro Luis desvió la mirada cuando captó el gesto inquisitivo de Thelma hacia él. Thelma encogió los hombros, mientras Jim Ford contemplaba con cierta expectación al negro y la mulata.

—Bueno, será mejor que vayamos al hotel. En cuanto amanezca podemos subir a la terraza a ver si divisados nuestras lanchas o alguna otra embarcación con la que marcharnos de aquí.

—No encontraremos nada —negó Thelma—. Todo es cosa de esa bruja, que está tramando algo, y no dejará marchar hasta que lo haya conseguido.

—Será mejor que no se ponga a tiro de mi pistola —dijo Pedro Luis Martínez—. No me gustaría disparar una bruja del obeah, pero si ella viene a perjurar, lo haré.

—¿No le gustaría disparar contra ella? —preguntó con cierta guasa Jim, mientras caminaban los cuatro hacia el abandonado hotel—. ¿Por qué?

—Bueno… El vudú es el vudú.

—Esto no es vudú —sacó la libreta de Masterson el irónico Jim —, sino obeah.

—Es lo mismo…, o casi lo mismo. Nosotros estamos dispuestos a utilizar el vudú, pero no contra los hechiceros del vudú… ¿Qué pasa?

Jim Ford y Thelma se habían detenido bruscamente, y los dos miraban fijamente a Martínez. María Inés se pegó al costado de su compañero, porque también se había dado cuenta de que algo había turbado mucho a los dos jóvenes norteamericanos…

—¿Nos conoce usted de antes, Martínez? —susurró Jim Ford.

—¿Yo? Claro que no. ¡En mi vida había visto a ninguno de ustedes, a ninguno! ¿Por qué se le ha ocurrido eso?

—No haga caso de Jim —rió forzadamente Thelma—, a veces le parece percibir cosas que no existen.

—No les entiendo… ¿De qué están hablando?

—No se preocupe. Sigamos.

Entraron en el hotel, cuya luz los tranquilizó. Thelma miró la hora en su relojito de pulsera: eran las dos y diez minutos de la madrugada. En el cielo ya no se veía la luna, pero, por contraste, las estrellas se veían más brillantes. Ahora, la claridad era más azul oscuro, más fría, pero del mar seguía llegando el cálido aliento del origen de la vida.

—Podemos echarnos a suerte quién examinará primero el libro de Masterson —dijo Jim Ford—, aunque supongo que no tiene ninguna importancia. Bueno, quienes de ustedes quieren ser los primeros Thelma y yo no tenemos inconveniente. ¿Verdad, Thelma?

—En absoluto —sonrió la preciosa morena.

María Inés mostraba una expresión apacible, mientras Martínez iba mirando con desconfianza de Thelma a Jim y viceversa; cuando el último le tendió la libreta llamada El libro de los muertos, Martínez la tomó despacio, como si temiera que de las páginas pudiera saltar una víbora hacia su mano.

—Es usted muy amable, Ford.

—No creo que tenga importancia —sonrió Jim.

El ojo visible de Martínez seguía moviéndose velozmente, escudriñándolo todo, especialmente los rostros de los dos norteamericanos. Por fin, dedicó su atención al libro. María Inés

miraba ahora el libro con ojos relucientes.

—Ábrelo ya —susurró.

Pedro Luis Martínez abrió la libreta.

Justo entonces, comenzó a oírse de nuevo el latido. Llegó como una masa de algodón prensado que impactara en sus oídos. Un solo golpe, y un solo latido blando y perfectamente audible. Martínez masculló una maldición y miró hacia el ventanal.

—No se ponga nervioso —sonrió Jim—: eso son sólo trucos de vieja liante del vudú para ponernos nerviosos. No sé ustedes, pero ni Thelma ni yo nos vamos a poner nerviosos porque alguien toque el tambor.

—Según quien lo toque —replicó Martínez.

—¿Quién cree usted que lo toca? —rió Thelma—. ¡Sólo puede ser la bruja o su zombi! Y si todo lo que saben hacer es eso, por nosotros pueden seguir dándole al tambor toda la noche. Vamos, Martínez, no sea infantil, Déjese de tambores y mire el libro de una vez.

Martínez titubeó, pero acabó haciéndolo. Vio signos que, a juzgar por su expresión, no entendió. El tambor, lento, seguía sonando. Martínez y la mulata cambiaron una mirada de decepción, y continuaron pasando las páginas de la libreta de tapas de piel. Página tras página, todas llenas de signos que, evidentemente, no entendían, no significaban nada para ellos.

Seguía oyéndose el blando sonido, aquel latido que parecía llegar desde el corazón mismo de la pequeña isla hasta el último rincón. Casi daba la sensación de que todo se movía a cada latido. No era el latir rítmico del vudú más clásico, sino un sonido nuevo, diferente…

—Tal vez no sea un tambor —musitó por fin Thelma.

Martínez y la mulata la miraron. Luego miraron a Jim.

—No entendemos estos signos, nunca los habíamos visto antes —dijo Martínez.

—Déjeme ver —tendió la mano Jim Ford; agarró la libreta, miró unas pocas páginas, cada vez más de prisa, y de pronto estalló en una maldición espantosa—. ¡Puerca bruja del demonio! ¡Ésta no es la libreta de Masterson!

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso la había visto alguna vez? —mostró su sorpresa María Inés.

—No. Pero entiendo lo suficiente de vudú para saber que esto no tiene ningún significado.

—Tal vez no lo tenga para usted, pero sí para Masterson. Él pudo hacer las anotaciones a su manera.

—Sé que ésta no es la libreta de Masterson —masculló Jim Ford —. ¡Esa maldita bruja va a saber quién soy yo!

—Hasta ahora —dijo María Inés— ha sido ella la que ha estado haciendo lo que ha querido con nosotros.

Jim y Thelma se quedaron mirándola hoscamente. Pero la realidad se impuso: en efecto, todo lo que había ocurrido en la isla hasta el momento en nada había perjudicado a Águeda Malazaña, que había dispuesto en todo momento de los movimientos no sólo de los pescadores isleños, sino de los visitantes. Ninguno de los dos jóvenes norteamericanos era tan obcecado que no dejase de darse cuenta de esto.

—Pues eso se terminó —dijo secamente Ford—. Estoy seguro de que ella debe tener la auténtica libreta de Masterson, de modo que iré a buscarla. Y esta vez no admitiré bromas.

—Si lo que usted dice es cierto quizá podamos todavía conseguir lo que buscamos —dijo Martínez—. Si no, habremos perdido el tiempo aquí, pero seguiremos buscando.

—¿Qué es lo que buscan exactamente? —preguntó Thelma.

Pedro Luis y María Inés titubearon. Por fin, él murmuró:

—Buscamos un hechizo determinado, para utilizarlo. Una brujería que nos permita… conseguir determinado deseo.

—¿Qué deseo?

—Que mueran los niños en gestación.

Thelma y. Jim creyeron no haber comprendido bien.

—¿Qué? —exclamaron a la vez.

—¡Que mueran todos los niños en gestación que haya cerca de mí! —explotó rabiosamente María Inés—. ¡Quiero que no quede a mi alrededor ni un solo feto vivo!

—¿Y eso por qué? —no salía Thelma de su asombro.

—¡Porque yo no puedo tener hijos!

Los dos norteamericanos se quedaron mirándola fijamente. Pedro Luis amplió la explicación, pero ellos parecían no oírle, miraban como fascinados a la hermosa, que parecía transformada, parecía otra: le relucían los ojos una perversidad escalofriante, y le

temblaba la barbilla. Todo su rostro estaba sufriendo contracciones y sacudidas, y se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

La voz de Martínez explicaba su verdad:

—No es cierto que María y yo seamos novios; en realidad, estamos casados hace cinco años. Pero no tenemos hijos. Sabemos que nuestros amigos, que sí tienen hijos, se burlan de nosotros, y dicen que es lógico que María no tenga hijos míos, ya que se casó conmigo porque soy un hombre rico al que despreciaba pero cuya riqueza deseaba. Lo que María quiere ahora es un hechizo que le permita matar todos los fetos que desee, y así, cuando alguna de sus amigas vuelva a quedar embarazada podrá matarle al niño incluso antes de que nazca. Y así lo irá haciendo con todas las mujeres que desee.

Cuando Martínez terminó la explicación el silencio fue absoluto. Incluso había dejado de sonar los tambores o el tambor blando. No se oía absolutamente nada. Parecía como si algo siniestro lo hubiera petrificado todo. Thelma miraba incrédulamente a María Inés, cuya belleza parecía haber desaparecido, disolviéndose, corrompiéndose con la expresión de odio.

Jim Ford susurró:

—He oído cosas malvadas en mi vida, pero ninguna como ésta —en su rostro apareció una mueca sarcástica—. Nosotros mismos, Thelma y yo, no somos precisamente unos ángeles, pero ¡por mis muertos!, nunca había oído nada semejante.

—Pues ya lo ha oído ahora —jadeó María Inés—. ¡Y si no va usted a buscar ése libro iré yo, aunque tenga que hacerlo sola!

—Tranquila, tranquila, encanto. No se preocupe por el libro, que lo tendremos.

—¿Para qué lo quieren ustedes? —preguntó Martínez.

—Eso es cosa nuestra…

—¡Nosotros les hemos dicho para qué lo queremos!

—Cierto, pero por propia voluntad. Nadie les ha, obligado, ¿verdad? Nosotros no queremos decirlo, y eso es todo.

—¿Qué importa para qué lo quieran ustedes? —jadeó María Inés —. ¡A mí sólo me interesa ese hechizo, y por lo demás pueden quedarse para siempre con el resto de ese maldito libro!

—Está usted muy guapa cuando se enfada —rió sarcástico Jim.

Thelma también soltó una risita.

Y de pronto una de las pistolas requisadas apareció en su mano, apuntó rápidamente a Pedro Luis Martínez, y apretó el gatillo. La bala dio en pleno corazón del venezolano, derribándolo violentamente del destartalado asiento que ocupaba. María Inés se puso en pie de un salto, mientras Thelma orientaba la pistola hacia ella…

—¡No! —exclamó Jim—. ¡Ella no, Thelma!

El dedo femenino quedó crispado en el gatillo. Thelma miró con expectación a Jim Ford, que se puso en pie.

—Esta mulata —susurró—, me gustó desde que la vi. No te importará que satisfaga mi capricho, ¿verdad?

—¡Claro que no! —rió Thelma—. ¡Ya sabes que entre nosotros sobran esa clase de cumplidos!

Los ahora saltones ojos de María Inés Romero iban de uno a otra. Pareció comprender de pronto, y su mirada regresó como un rayo a Jim Ford.

—Como te atrevas a tocarme —jadeó—, te sacaré los ojos.

—Vamos, no seas tonta. ¿No quieres tener un hijo? ¡Pues yo voy a ayudarte, mujer! Ya verás como lo hago mejor que tu marido. Además, conmigo no hay ningún maleficio ni castigo como ocurría con él por haberte desposado sin amor.

—¡Te sacaré los ojos si me tocas!

—No seas bobita. Y tómatelo por el lado bueno. Queda mucho hasta el amanecer, y lo mejor será que nos divirtamos en lo posible. Venga, vamos a tu habitación.

Se acercó a la muchacha, que retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared. Jim Ford llegó ante ella, la tomó de una muñeca, y dio un rabioso tirón.

—Déjate ya de tonterías y vamos a hacerlo. ¡No tengo por qué privarme de un capricho tan agradable!

—Suélteme… ¡Suélteme! Ford dio otro tirón, y la muchacha cayó de rodillas.

Inmediatamente, Ford le aplicó un puntapié en el estómago, y María Inés quedó lívida, como paralizada; luego, muy despacio, fue cayendo hacia adelante. Su rostro golpeó contra el suelo.

Refunfuñando, Ford se inclinó, la agarró por la blusa, y se dispuso a arrastrarla. La blusa se rasgó, y los grandes y magníficos pechos de María Inés parecieron saltar como pequeñas montañas

vivas, estremecidas por temblores internos. Ford se los quedó mirando, y, poco a poco, una retorcida sonrisa fue apareciendo en sus labios. Se acuclilló junto a la muchacha, y comenzó a arrancarle a tirones el resto de la ropa, hasta dejarla completamente desnuda. Acto seguido, se colocó sobre ella, en el momento en que la mulata comenzaba a poder recuperarse del espantoso dolor que casi la había desvanecido. Al darse cuenta de lo que Ford estaba ya haciéndole lanzó un grito, y comenzó a revolverse furiosamente.

Jim Ford rió, y golpeó con el puño izquierdo el costado de María Inés, que quedó de nuevo silenciosa, como tronchada, incapaz de nuevo de defenderse de la violación de que estaba siendo objeto. Jim Ford seguía riendo entre jadeos. Thelma Sullivan refunfuñó algo, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del hotel.

-Avísame cuando te parezca que debemos terminar con todo esto de una vez —dijo.

Y salió al exterior, al silencio infinito.

CAPÍTULO VIII

En realidad, no tenía esperanza alguna, pero… ¿y si los pescadores de la aldea, simplemente hubieran tomado las lanchas prestadas y volvieran de un momento a otro? Aunque si era eso lo que había ocurrido no parecía razonable esperarlos de vuelta antes del amanecer. Y por otra parte, no podía ser que estuvieran pescando, porque no veía luz alguna en el mar…

El grito desgarrador de María Inés le hizo volver la cabeza hacia el hotel, cuyas ventanas parecían ojos amarillos de un grotesco monstruoso. María Inés volvió a gritar.

Thelma encogió los hombros. Le importaba bien poco lo que le ocurriese a la mulata, y no sería ella quien se opusiera a la diversión de Jim, al que, en efecto, había visto mirando con expresión lúbrica no pocas veces a la muchacha…, que volvió a gritar.

De pronto, Thelma Sullivan tuvo la intensa sensación de que alguien la estaba observando desde alguna parte. Empuñó la pistola, e intentó ver entre las sombras de los matorrales. No tenía miedo a nadie, ni a nada que pudiera enfrentar con una pistola. Ella no era de esa clase de mujeres, ni muchísimo menos.

Extendió el brazo armado y preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

Le pareció que los matorrales se movían, y apretó el gatillo. Los matorrales sí se movieron ahora fuertemente, pero no oyó nada que indicase que había herido a alguien. Volvió a disparar, y luego lo hizo dos veces más, de prisa.

Finalmente, se acercó a mirar entre los matorrales. No había nada ni nadie allí. Frunció el ceño de pronto, al recordar que era por allí por donde habían dejado los cadáveres de Campbell, Barley y Wilson. ¿Quizá alguno de ellos no estaba muerto y se había

movido…?

La idea inmediata fue rematarlo, fuese el que fuese. Así que comenzó a buscar los tres cadáveres…, que no estaban.

—Estoy segura de que los dejamos aquí.

Podía estar todo lo segura que quisiera, pero los cadáveres de los tres hombres no estaban. Esto era muy simple: o estaban o no estaban. Pues bien: no estaban. Thelma Sullivan se dijo que todo tenía una lógica. Debía habérselos llevado la bruja: o más probablemente, su zombi.

La pregunta era: ¿para qué quería los cadáveres la bruja Águeda Malazaña?

Una intensificación de la oscuridad la sobresaltó. Tardó un electrizante segundo en darse cuenta de que se había apagado la luz del hotel, así que ahora no había el menor vestigio de luz en toda la isla. Ni de sonido. El silencio era como hecho de piedra.

—Soy una estúpida. Debí salir con una linterna… Será mejor que vaya a buscarla.

Se dirigió hacia el hotel, apartando helechos que le parecieron calientes. Sí, como seres vivos. Bueno, en realidad lo eran, ¿no? ¡Pero tan calientes…!

El grito, el berrido más bien que sonó de pronto, heló la sangre en sus venas; tanto, que quedó paralizada en un movimiento de avance. Parecía que todo vibraba, temblaba todavía bajo el impulso del grito, que se repitió ahora como un bramido infrahumano que parecía brotar de todas partes. Pero no brotaba de todas partes, sino del hotel, y ciertamente un grito.

—Cálmate —tragó saliva Thelma—. Seguramente se trata sólo de una herida que se podrá curar.

—No… No, no, no, no…

Thelma se acercó a su compañero, y le pasó un brazo por la cintura.

—Tranquilízate —susurró—. Ya verás como todo se arreglará. Escucha, voy a dejarte en la cama, iré a buscar a esa bruja, le quitaré el libro, y la obligaré a que nos devuelva nuestra lancha. Dentro de pocas horas estarás en un hospital, bien atendido.

—A Estados Unidos… ¡Quiero que me lleves a Estados Unidos!

—Sí, tranquilízate. Camina conmigo.

El cuerpo de Jim Ford se estremeció en un sollozo fortísimo.

Salieron del saloncito, y subieron al primer piso, donde estaba la habitación que había arreglado en lo posible los demás. La luz de la linterna, desplazándose a veces con brusquedad debido a los movimientos de Thelma ayudando a Jim, iluminó un par de ratas, que huyeron velozmente. Arriba, ya en el descansillo, había más ratas, quizá diez o doce.

Entraron en la habitación y Thelma ayudó a Jim a tenderse. Acto seguido, sin decir palabra, salió de la habitación.

—¿Adónde vas? Thelma, ¿adónde vas?

Ella no contestó. James Ford quedó solo en la doble oscuridad: la del lugar y la de sus ojos. Comenzó a oírse leves ruidos debajo de él, rápidos desplazamientos de pequeñas cosas que rascaban el suelo. Las ratas. Eran las ratas. El terror agarrotó sus cuerdas vocales. Y la súbita idea aún empeoró su estado de ánimos: simplemente, Thelma le había abandonado. Ella estaba sola ahora, y sólo debía pensar en escapar de aquella isla. ¿Por qué había de cargar con él, por qué había de preocuparse por él? No se amaban. Hacían pareja para los trabajos que les ordenaban, y por supuesto se habían acostado juntos muchas veces, siempre que les venía de gusto hacerlo. Pero no se amaban. Eran dos cuerpos que satisfacían sus apetitos, y eso era todo.

Ahora, él sólo sería una carga. No sólo para escapar de la isla, sino para el resto del viaje hasta los Estados Unidos. No se podía ir por ahí con un hombre cuyos ojos habían sido arrancados sin tener que dar explicaciones.

Simplemente, ella le había abandonado.

Pero a él no lo iban a devorar las ratas, eso no.

En el momento en que comenzaba a incorporarse oyó las pisadas fuera de la habitación.

—¿Thelma? —llamó.

—Ya voy, Jim, tranquilo.

—Creí… que me habías abandonado.

—No digas tonterías —sonó la voz de ella en la puerta; las pisadas se acercaron—. ¿Acaso me habrías abandonado tú a mí?

—No… No.

De pie junto a él, Thelma Sullivan sonrió secamente, con manifiesta incredulidad. Inmediatamente, colocó sobre el corazón de James Ford la boca de la pistola que había bajado a buscar, y

apretó el gatillo. El cuerpo de Ford dio un bote en la cama, vibró todo su cuerpo, saltaron sus brazos y piernas, fue como si hubiera sido sometido a una descarga eléctrica. Pero esto no duró más de un segundo. Enseguida, pareció convertirse en plomo. Un quejido brotó de su boca, y todo él quedó convertido en plomo. En plomo muerto.

—Lo siento, Jim —dijo Thelma—, pero sea come sea que tenga que escapar de aquí, no podía cargar contigo, ni dejarte vivo, tú ya me entiendes, porque habrías hecho lo mismo.

Apartó la luz del horrendo rostro sin ojos, ensangrentado y crispado en la sobresaltada mueca de la muerte, y la dirigió hacia el suelo, donde algunas ratas se movieron en rápida huida.

—Ahí os lo dejo. ¡Y ojalá se os indigeste!

Segundos más tarde, Thelma Sullivan llegaba al vestíbulo. Había una idea obsesiva en su mente: todo aquello no podía ser obra de Águeda Malazaña. Es decir, no era posible que todo lo sucedido hubiera estado bajo el control de la bruja.

La verdad, la verdad indiscutible, era que se había matado unos a otros. Eso era lo que había sucedido, y no otra cosa. Se habían matado unos a otros porque todos, todos los que habían llegado a la isla en busca de El libro de los muertos eran malvados, todos y cada uno de ellos, empezando por ella misma, que no había tenido piedad alguna ni siquiera de su compañero en tantos trabajos.

Pero… ¿había sucedido las cosas del mismo modo que si la bruja no hubiera intervenido de un modo u otro? Por ejemplo, lo de entregarles el libro. Un libro falso, claro está. ¿Acaso no era esto una provocación para que sucediesen cosas entre ellos? Y estaban los malditos tambores, y la oscuridad… La oscuridad. ¿Se había estropeado otra vez el viejo generador? Sí, debía ser esto, pero… ¿no era demasiada casualidad?

¡La maldita bruja!

«Ojalá se ponga en mi camino», pensó Thelma.

Por si esto sucedía, buscó y recogió todas las pistolas disponibles, las metió en una bolsa que improvisó con trozos del desgarrado ropaje de María Inés Romero, y salió del hotel, llevando en una mano la bolsa con las armas y en la otra la linterna, que apagó en cuanto hubo bajado del porche.

Si ella no podía ver a alguien que pudiera estar espiándola desde la oscuridad, entre los matorrales, tampoco quería que la vieran a

ella. Todo tiene su límite.

Tenía las ideas muy claras. Bueno, ella era una profesional, sabía cuál era su trabajo, y procuraba hacerlo siempre bien, ya fuese con Jim o con otro compañero. Para eso les pagaban. Y además, en aquel caso tenía especial interés, porque era la vez que más… cosas extrañas habían sucedido.

Oyó ruido de matorrales, y se volvió vivamente, pero no pudo ver absolutamente nada en la oscuridad. Oyó más ruido en otro lugar, y luego en otro…, pero era imposible ver qué lo producía.

Tenía las ideas muy claras, sí, eso era lo que estaba pensando. O sea, que lo que tenía que hacer era entrar en la gruta, buscar a la bruja y al zombi, y matarlos. La idea le hizo gracia: matar a un muerto. ¡Pero qué muerto ni qué…! Ya había defendido dos veces al zombi. Suficiente. Ahora, si lo veía, le iba a meter una bala en la cabeza. Nada de dispararle al cuerpo, como habían hecho los otros. Ella le materia una bala en la cabeza, y así sabría que no habría truco que valiese.

O sea, entrar en la gruta, matar a la bruja y al zombi, buscar el verdadero libro de Masterson, y marcharse. Era simple, era fácil. Los pescadores tenían que volver tarde o temprano, y seguro que lo harían con las lanchas que la bruja les había ordenado robar.

«Ya veremos si son capaces de plantarme cara cuando les amenace con las armas y les diga que he matado a la bruja».

La luz se encendió en el hotel, causándole un sobresalto. ¿Se había estropeado y arreglado luego solo el generador? Claro que no: aquella bruja del demonio, o el maldito zombi, andaban trasteando por allí. Y tal vez pudiera sorprenderlos.

Regresó rápidamente hacia el hotel, pero se detuvo en seco. ¿Era eso lo que querían? ¿Que entrase en el hotel? Pues iba a quedarse fuera. ¡Que salieran ellos, si es que habían entrado!

Se sentó en el suelo entre unos arbustos, siempre con la linterna en la mano izquierda y ahora una pistola en la derecha. El resto de las armas las dejó en el suelo a su lado. Clavó la mirada en el porche.

«A ver quién sale. Y según quién salga lo lleno de balas».

No salía nadie.

No ocurría nada.

Es decir, sí… Sí estaba ocurriendo algo. Percibía… un aroma

especial. Era un aroma que le producía una dulce soñolencia. Un aroma… diferente. Comenzaron a escapársele las ideas. Ni siquiera recordaba por qué estaba allí. ¡Ah, sí, por lo del libro…! El maldito libro que el maldito Masterson no había enviado antes de pegarse un tiro en la cabeza. Masterson se había pasado tanto tiempo en el islote para hacerse amigo de la bruja, engañándola, y consiguiendo muchos de sus secretos, con los que luego, la organización a la que pertenecía ella y el propio Masterson habría preparado una serie de hechizos contrahechizos, o sea, hechizos para contrarrestar los efectos del vudú, y poco a poco, ir imponiendo en todo el Caribe, y luego en el Continente americano, la tiranía de una nueva magia que su organización dirigía con fines lucrativos y criminales…

Pero Masterson se había pegado un tiro en la cabeza, y la bruja había encontrado el libro, y se había reído de ellos dándoles una libreta que no valía nada…

El aroma…

Estaba a punto de dormirse. Claro, no había dormido en toda la noche… ¿Qué hora debía ser? Las dos. No, las dos era antes. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Le pesaban los párpados, le parecía que eran de plomo. ¡Ahora comprendía a la que gente que decía que sentía los párpados como si fuesen de plomo!

Hizo un tremendo esfuerzo. Estiró los párpados, los alzó mucho, los separó cuanto pudo…

Y entonces vio delante de ella a Jim Ford.

Estaba de pie, y todo él relucía intensamente. Parecía como envuelto en aquel prodigioso aroma. Por el boquete producido por la bala que ella le había disparado al corazón brotaba un chorro de sangre, mansamente. Sus cuencas ensangrentadas parecían contener dentro un fulgor nunca antes visto. Había una sonrisa en su rostro.

—Thelma, me has matado —dijo Jim.

Quiso hablar y no pudo, de su boca sólo broto algo parecido al maullido de un gatito afónico.

Notó movimiento a su derecha, y volvió la cabeza hacia ese lado. Se sintió como si la estuvieran estrangulando cuando vio a María Inés Romero desnuda y llena de agujeros de bala, mirando con ojos encendidos a Jim y diciendo, con furia inaudita:

—Y tú me has matado a mí…, ¡pero yo te he dejado ciego!

¡Ciego para siempre!

—¡No! —exclamó Jim—. ¡Para siempre, no!

—Ya lo creo que sí. ¡Para siempre!

María Inés se echó a reír agudamente, y Jim comenzó a chillar. La mulata reía cada vez más y con más ganas, mientras se pasaba las manos por sus pechos mordidos, arañados, ensangrentados. Junto a ella apareció Pedro Luis Martínez, y, sin más, le propinó a Jim una salvaje patada entre las ingles, derribándole llorando de un modo espeluznante.

—Pero tú —señaló Martínez con un dedo tembloroso a la mulata—, tú has tenido la culpa, tú le estuviste provocando.

—¡Eso no es cierto!

—¡Es cierto, estuviste provocándole con tus hermosos pechos, se los enseñabas casi completamente, le sonreías, le hacías reparar en lo hermosos que son! ¡Pero ya estoy harto de ellos, te los voy acortar con el machete! ¿Dónde está mi machete?

María Inés gritó, y salió corriendo, perdiéndose en la oscuridad. Pedro Luis Martínez encontró su machete, y salió corriendo tras ella, gritando que le iba a cortar los pechos.

Thelma Sullivan estaba paralizada, agarrotada, congelada por la incredulidad y el espanto. De pronto, los dos escritores aparecieron ante ella, ambos sonrientes, aunque era difícil verlo bien, pues la cabeza de uno estaba destrozada, y la del otro colgaba hacia un lado… ¿O hacia atrás?

—Ah, señorita Sullivan —dijo Campbell; la voz de Campbell, eso era seguro—. ¿Todavía está usted viva? Es una tontería, vale más estar muerto.

—Pero explícaselo todo, hombre —aclaró Barley—: muerto pero con vida. En fin, lo que queremos decir es que es mucho mejor vivir como un zombi, ¿comprende? ¡Eh, Wilson! ¿Viene o no viene?

Irving Wilson apareció, caminando pesadamente. Fijó en Thelma una mirada resplandeciente, y dijo:

—Vaya, vaya, vaya… Bien, ya me cansé de hacer de cura y dármelas de bueno. Ahora quiero hacer algo malo. Por ejemplo, voy a tirarme a la señorita Sullivan.

—Ésa es una buena idea —dijo la voz de Campbell—. Podemos hacerlo los tres. Será la primera mujer violada por un zombi… ¡Por tres zombis!

—¿De dónde sacas tú eso? —gruñó Barley—. ¿De dónde sacas qué es la primera mujer violada por un zombi?

—Bueno, no sé. Hace poco que soy zombi.

—Igual que yo —dijo Wilson—. Y francamente, no sé cómo comportarme exactamente. Es como volver a la infancia. Quiero decir que hay que empezar a aprender de nuevo.

—Podríamos decirle al zombi de Águeda que nos enseñe.

—Buena idea, vamos a llamarlo. ¿Cómo se llama?

—Quico.

—¿Qué nombre es ése? —se sorprendió Wilson.

—Creo que es un derivado de Francisco, un nombre español. Bueno, vamos a llamarlo. ¡Quico! ¡Eh, Quico!

—¡Quico, Qui… co, Qui… co…! —llamaron también Campbell y Wilson.

—¡Ya voy, muchachos! —resonó lejano, el trueno de la voz de Quico.

Apareció a los pocos segundos, y tendidos los brazos hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡No debéis gritar tanto, a Águeda no le gustan los gritos!

—Le pediremos perdón a Águeda —dijo Campbell—. Oye, Quico, ¿tú sabrías violar a la señorita Sullivan?

—Claro que sí. ¿Queréis que la viole?

—Nos gustaría saber cómo se hace, y cómo tenemos que comportarnos ahora que somos zombis, como tú.

—Alto ahí. ¡Todavía os falta mucho para ser un zombi como yo!

—No hemos querido ofenderte, Quico.

—Bueno, está bien. Fijaros cómo se hace.

Quico se acercó a ella. Parecía que a cada paso se iba a hundir en la tierra, tal era la pesadez de su marcha. Thelma se sentía paralizada. El zombi se sentó a su lado, y la empujó, tendiéndola en el suelo. Thelma reaccionó entonces, y quiso escapar, pero una mano enorme, grande como ninguna otra había visto en su vida cayó sobre su pecho como una losa de plomo, y la retuvo de espaldas a la tierra.

—Mujer viva, no seas tonta —dijo Quico—. ¡Se feliz con el zombi de Águeda!

Se aposentó sobre ella con todo el peso del mundo. Era denso,

macizo, pétreo, plúmbeo, gigantesco, aplastante, asfixiante, demoledor, terrible, pavoroso… Thelma Sullivan lanzó un alarido de muerte cuando el zombi la penetró con una decisión de locura…

Mientras gritaba, sentía de nuevo aquel aroma. Estaba gritando, tendida en el suelo, viendo entre lágrimas las estrellas, que le parecieron puñaladas en un terciopelo tras el cual estuviera toda la luz del universo.

-No —gimió—. ¡No, por favor, no me lo hagas, no…!

Quiso apartar al zombi de encima suyo y sentarse, y de pronto se encontró sentada, llorando a lágrima viva.

Estaba sola.

No había nadie con ella. Ni Quico, ni Jim, ni Campbell, ni Wilson, ni… Estaba sola, llorando, y percibiendo aquel aroma que le había producido como un mareo, como una laxitud. ¿Se había dormido? ¡Se había dormido, claro que sí, y había tenido una atroz pesadilla de que el zombi la violaba! Pero por suerte, no había ocurrido nada. Había sido una pesadilla. Y sin embargo, sentía un tremendo dolor en… en…

Oyó las lentas y pesadas pisadas, y al poco el zombi de Águeda apareció ante ella, con sus grandes ojos muertos de tiburón mil veces muerto. Ahora, ¡qué cosa tan extraña!, no percibía aquel extraño aroma penetrante y pegajoso.

Y de pronto, comprendió la verdad de lo sucedido. No había sido un sueño, sino una sugestión dirigida por la bruja Águeda. La supo con tanta certeza como si se tratara de la luz del sol. Estaba mirando al zombi, que se había plantado ante ella, y parecía esperar algo, inmóvil su blanda mirada de muerto y remuerto. No sabía qué esperaba el zombi, pero sí sabía una cosa: Águeda Malazaña la había hechizado tras aturdirla con su perfume de hierbas secretas, y se había apoderado para siempre de su mente.

Sí, eso había ocurrido. Se había apoderado para siempre de su mente.

¿Se podía vivir con la mente propia en poder de una bruja?

Claro que no.

Thelma Sullivan tanteó a su lado, tocó la bolsa, sacó una de las pistolas, metió en su boca el cañón, y apretó el gatillo.

El zombi dio por terminada su espera. Se inclinó, alzó el palpitante cadáver, y se lo echó sobre un hombro como si fuese una

simple bufanda. Luego, se dirigió adonde había reunido ya los demás cadáveres que colocaría en la lancha para enviar ésta mar adentro hasta que se hundiese…, junto con las demás lanchas, junto con todo aquello que algún día pudiera demostrar que diez seres perversos habían estado en la isla de Águeda Malazaña, en busca del botín de otro, que años atrás, había llegado allí creyendo que podría engañar a una bruja tan sabia y vieja como Águeda…

ESTE ES EL FINAL

Águeda Malazaña estaba peinando su larguísima cabellera hecha de mil noches de luna, mientras se contemplaba en su espejo en cuyo interior parecía arder un fuego denso e interminable. Ella sabía que pronto amanecería, y que todo volvería a sus cauces en la isla que había elegido para siempre como morada.

Todo volvía a ser como antes. Todo estaba bien, como antes de que llegara aquel hombre rubio que quiso burlarse de ella, engañarla y arrancarle secretos del obeah que ella nunca revelaría a nadie… Absolutamente a nadie, ni siquiera a otras brujas.

Comenzó a oír las lentas pisadas, y sonrió. En su rostro, la sonrisa fue como una mueca causante de mil miedos, pero la intención de ella había sido sonreír, de modo que era una sonrisa, reflejara lo que reflejara el espejo del fuego eterno.

—Águeda —retumbó la voz—. Águeda, ya… voy…

El zombi apareció pocos segundos más tarde, cuando Águeda se había quitado ya la túnica negra y tenía en las manos la blanca.

—¿Has hecho todo lo que te ordené, Quico?

—Sí, Águeda… Todo.

Ella volvió a sonreír.

Quico se acercó lentamente, a cada paso clavando en el piso de tierra su enorme pie sólido y denso como el plomo. Había un destello en sus ojos de muerto que parecía el destello de mil soles negros. Se detuvo ante Águeda, y se quedó mirando quietamente, despacio aquel cuerpo hecho de cientos de años y de millones de arrugas. Aquel cuerpo que para él era hermosísimo, el más perfecto, el único que valía la pena contemplar.

—Águeda, qué… hermosa eres…

—Gracias, Quico. Tú también eres hermoso.

El zombi dio otro paso, pesado y traqueteante, alzó sus manos

de tamaño prodigioso, y las colocó sobre la cabeza de la bruja, desrizándolas luego torpemente hacia abajo, acariciando los cabellos una y otra vez, como inmerso en un encantamiento eterno.

Luego, sujetando el rostro entre sus manazas, lo atrajo. Vio el relámpago de dulce fuego en el fondo de las negrísimas pupilas de la bruja, y mientras acercaba su boca a la de ella, dijo:

—Águeda, te… amo muchísimo…

FIN